

ÉPOCA 3.^a — AÑO VI. — TOMO VI.

NÚMERO 12. — Madrid, 25 de Octubre de 1882.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.
Un año..... 60 »

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.
Un año..... 4 »

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.
Un año..... 6 »

SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Cronica*, por D. Damián Isern.—*La conmemoración de los difuntos*, por el C. de F.—*Día de difuntos*, por D. Antonio Aparisi y Guijarro.—*Ofrenda de las damas de Bélgica á Santa Teresa de Jesús*, por D. Vicente de la Fuente.—*En un cementerio*, poesia, por el P. Hermenegildo Torres, Escolapio.—*Historia de un día*, por D. R. Segade Campoamor.—*Los grabados*.—*El infeliz Santiago* (continuación), por Paul Feval, traducido del francés por J. A. Padin.—*Revista de conocimientos útiles*.—*La señorita de Neuville*, novela, por Matilde Bourdon.—*Geroglífico*.—*Advertencia*.—*Anuncios*.

GRABADOS.—*Ofrenda de las damas de Bélgica á Santa Teresa de Jesús*.—*Iglesia y convento de Carmelitas descalzas en Alba de Tormes*.—*El santuario de Nuestra Señora de la Saleta en el día de su fiesta, visitado por numerosos peregrinos*.—*El tiempo aleccionando á la juventud*.—*Sir Garnet J. Wolseley, general en jefe del ejército inglés, en Egipto*.

REVISTA

COMENZAMOS esta crónica con una grata noticia para nuestros lectores. Su Santidad el Papa León XIII se ha dignado concederles, por mediación del Reverendo Prelado de Sigüenza, una bendición apostólica.

Otro amigo nuestro que ha tenido la dicha de hablar con el Padre Santo, ha escuchado palabras muy lisonjeras para la ILUSTRACIÓN CATÓLICA, que deben servir de satisfacción á sus suscritores, por apoyar con su simpatía esta obra, llamada á contribuir eficazmente á la Santa cruzada de la restauración católica.

Por nuestra parte, la bendición de Su Santidad viene á infundirnos nuevo aliento para proseguir en esta empresa, más difícil y costosa de lo que parece, y en la cual hemos experimentado grandes desfallecimientos ora por la tibieza de los católicos, que miden con el mismo rasero todas las publicaciones periódicas, ora por las divisiones intestinas que nos desgarran, envolviendo en igual reprobación á justos que á pecadores.

La bendición de Su Santidad reanima nuestras fuerzas é infunde en nuestro corazón nuevas esperanzas. Que la bendición que comunicamos á nuestros amigos avive en ellos el entusiasmo por nuestra obra, para que, mediante

su creciente apoyo, adelante en el camino de sus difíciles conquistas.

Tomemos el hilo de los sucesos.

El mes de Octubre es el más favorable para las peregrinaciones; la benignidad de la temperatura, la recolección de los frutos que ofrecer al Señor, hasta la dulce melancolía de los campos que se secan, símbolo de la caducidad de la vida, inclinan los ánimos á esas santas expediciones, que son como baños espirituales para las almas enfermas, de donde salen robustecidas para nuevos combates.

La novedad de las peregrinaciones de este año, ha sido la de Santa Teresa, celebrada con motivo del tercer Centenario de su muerte; pero las más no-

tables y entusiastas han sido las de San Francisco en Cataluña, que han puesto en movimiento á muchos miles de peregrinos.

La piedad española, á pesar de tantos enemigos como la combaten, se mantiene, gracias á Dios, firme é inalterable, y en ella, más que en nada, debe fundarse la esperanza de nuestra regeneración social.

Pero esta firmeza de nuestra fe, este carácter suyo que la distingue de toda otra, es causa de que sea recelosa de todo contagio, y mientras acoge con entusiasmo, que raya en delirio, las manifestaciones de piedad pura y sin mezcla, mira con desconfianza aquellas otras donde puede haber caído la mala semilla del espíritu moderno.

Esto explica muchos sucesos que pasan ante nuestros ojos, marcando con sus caracteres la índole especial de nuestros sentimientos religiosos.

Se anuncia la peregrinación de Santa Teresa, y la sola idea de que han intervenido en las fiestas del Centenario hombres señalados por sus ideas liberales, es más que suficiente para retraer á muchos católicos de una peregrinación que por su objeto atrae toda su devoción y todo su entusiasmo. En cambio, se verifican las peregrinaciones de Cataluña y al ver que en ellas no se observa ninguna intervención extraña, acuden á millares los peregrinos, ansiosos de acrecentar el esplendor de manifestaciones puramente católicas.

He ahí los hechos, cuya fuerza es incontrastable. Serán los celos injustos, las desconfianzas poco caritativas, será lo que quiera; pero la verdad es que las cosas pasan de ese modo, y el curso de los sentimientos de un pueblo no se tuerce ni se cambia como las aguas de un río.

Y ya que hablamos de desconfianzas y celos, conviene preguntar: ¿Será censurable el que se mire con prevención la suscripción nacional que se anuncia para remediar las desgracias de Cuba?

Hablen por nosotros los desgraciados de Alcira, y sobre todo los inundados de Murcia.

Socorrer á los infortunados es obra de caridad; la religión la recomienda y la



OFRENDA DE LAS DAMAS DE BÉLGICA Á SANTA TERESA DE JESÚS.

Iglesia la ha practicado en todo tiempo por medio de numerosas instituciones. Pero la caridad es fruto del cielo, y cuando esta planta divina ha de implantarse en la tierra, es preciso que se la riegue con lágrimas de penitencia y con la adorable sangre de Cristo.

Entonces es cuando se levanta lozana y fecunda, cubierta de flores, que son bálsamo para las heridas de los hombres, y de frutos que son alimento para las necesidades de los pueblos.

La sociedad moderna, en su afán de arrojar de sí a Cristo y a su Iglesia, ha intentado arrancar también la caridad de su propio terreno para colocarla en el jardín de los goces mundanos y adornar con sus bellísimas flores el festín de los nuevos Baltasares. El resultado ha sido el que podía esperarse: la hermosa planta ha doblado sus hojas, ha visto languidecer sus ramas, y yace en medio de la sociedad casi muerta, como árbol seco y sin fruto, que aguarda el hacha del leñador que la condene a las llamas.

Las suscripciones nacionales, ó lo que es igual, la caridad ejercida en nombre de los intereses mundanos, es y será siempre estéril. Los frutos de la caridad que no han recibido el rocío de las bendiciones del cielo, son amargos para el que los come y no calman el hambre de los necesitados.

Decimos esto, porque hemos visto anunciado el proyecto de dar un baile, una corrida de toros, una carrera de caballos extraordinaria, y no sabemos qué otras fiestas, para socorrer con su producto á las víctimas del último ciclón que ha causado tantas desgracias en Cuba.

Si las ilustres damas que se disponen á organizar estas fiestas saliesen por las calles de Madrid, entrasen en cafés y teatros, visitasen casas y palacios *pidiendo limosna* para los desgraciados de Cuba ¿no ejercerían mejor la caridad y su obra no sería más salvable y fecunda?

Seguros estamos de que los pobres quedarían mejor socorridos, y las caritativas bienhechoras se ceñirían más hermosos é inmarcesibles laureles de gloria.

Los frutos de la filantropía son tan mezquinos y tan amargos, como tan abundantes y dulces los que produce el árbol de la caridad, trasplantado del cielo á la tierra y regada con la sangre de Cristo.

Más millones ha puesto en movimiento la humilde caridad de Francisco de Asís, que la filantropía arrogante de los economistas modernos.

La industria de los espectáculos públicos, pues de industria debe calificarse la explotación del público por medio de los espectáculos, no descansa en su afán de sorprendernos con incesantes novedades. Al incansable andarín que en cinco horas sin parar recorría el trayecto de Aranjuez á Madrid, sucedió el hábil tirador que disparaba su carabina sobre el sombrero de su mujer, y á estos dos hombres extraordinarios sucede ahora el intrépido aereonauta que se remonta sobre las nubes en compañía de un novillo ó de un jumento.

Vamos de una atrocidad en otra, y siempre la última es la más aplaudida por el público, ávido de emociones salvajes, que se complace, como los negros del Africa, en espectáculos de temeridad y de fuerza.

¿Dónde vamos á parar con estas aficiones? La codicia buscará nuevos estímulos al gusto del público, y llegará día en que vengan *artistas* que se coman los unos á los otros á bocado limpio, haciendo las delicias de los hijos de la *civilización*; tan acreedores á este nombre como los negros igorotes.

La caridad cristiana infunde en los hombres y en los pueblos sentimientos de conmiseración, refractarios á espectáculos salvajes; pero la filantropía, á pesar de sus alardes de ternura, contemporiza con estas fiestas bárbaras, porque en ellas el individuo es sacrificado al gusto del público, y el sufragio universal goza de una autoridad más que divina.

El imperio romano pasó en su decadencia por un estado social como el presente, y la Providencia envió sobre la Roma de los gladiadores el azote de los bárbaros.

Esta sociedad nuestra, incomparablemente más culpable que aquella, como amamantada y educada en el seno del Cristianismo, ¿qué castigo merecerá de la justicia de Dios?

La guillotina... el petróleo... la dinamita. ¿Dónde parará esta escala de progresos?

Se lamenta un periódico de que en España todo el mundo quiere ser, ó diputado á Cortes, ó diputado provincial, ó simplemente alcalde.

El hecho es cierto, y la causa está á la vista. Todo el mundo quiere ser legislador, para ser superior á las leyes, pues nada más natural que el artífice sea superior á su obra.

Por otra parte, en estos tiempos de igualdad de-

mocrática es cuando más se estiman los goces del poder; mandar cuando nadie quiere obedecer, equivale á comer buen pan cuando está el trigo caro.

Hé ahí por qué las gentes se ufanan con los destinos públicos, tanto más cuanto que estos goces del poder van acompañados con los placeres del estómago.

Pero se dirá: los cargos de diputado ó de alcalde no son retribuidos. Es cierto, como lo es también que la influencia vale, y lo que vale no se desprecia.

Mejor es dar destinos que tener uno, pues el que tiene uno, de uno dispone, y el que los da dispone de muchos. De donde resulta la siguiente paradoja: que es mejor dar que tener.

Los políticos se parecen en eso á los santos, y tal vez será en lo único que se parezcan: en que dando se hacen ricos. Cada cual da á su modo, y se hace rico en diversas clases de bienes.

Tenemos nueva ley de Enjuiciamiento criminal, y nueva organización de tribunales para lo criminal: con tantas reformas criminales, ya puede abrirse sin temor la caja de Pandora.

¿Cuánto durarán estas reformas? Lo que han durado las precedentes. Aquí se legisla por temporadas, y tal vez esta circunstancia es la mejor cualidad que tienen las leyes.

Las Audiencias de lo criminal favorecen las poblaciones en que se establecen, y en este concepto merecen nuestro aplauso. No ha de ser todo para Madrid: bueno es que las poblaciones subalternas participen de la animación y de la importancia que dan los tribunales de justicia.

¿Será útil la reforma para la persecución y castigo de los delitos? Ya lo veremos; pero siempre es bueno que facilite los procedimientos, haciendo rápido el fallo de los tribunales, para que la pena siga al crimen como el rayo al trueno.

Recibamos, pues, las reformas judiciales con ánimo imparcial y sereno, y esperemos el fallo del tiempo, que es el tribunal de apelación más inflexible que existe en la tierra.

Ya están anunciadas al público las carreras de caballo de la temporada de Otoño.

El programa es el de siempre: los mismos premios, y esperamos los mismos caballos.

— Es preciso — decía mirando el programa un chusco — introducir alguna novedad en el espectáculo; que alternen los hombres con los caballos. Yo aposté por Bargossi.

— Y cuando corran los hombres — exclamó otro — los caballos deben ocupar las tribunas, y los del *sport* las cuadras.

Se han abierto todos los teatros.

¡Ah, si pudieran cerrarse todos los cementerios!

NULEMA.

CRÓNICA



PENAS han terminado en Italia las fiestas del Centenario del gran Padre de los pobres, San Francisco de Asís. En este mes han olvidado los católicos italianos las amarguras que la Iglesia padece y los propios quebrantos para renovar la santa memoria de aquel hombre verdaderamente extraordinario, el cual, sin otros medios que la virtud, y sirviéndose de los humildes para las más áridas empresas, contribuyó no poco á cambiar la faz del mundo y á trocar en venturosa época unos tiempos hinchados de vicios y de horrores.

Muy exacta y sábiamente definió nuestro Santísimo Padre el Pontífice reinante las cualidades internas de la Orden franciscana, en la Encíclica que hace pocos días dirigió á los Obispos todos del Orbe católico, recomendando el fomento y propagación de la Orden Tercera de San Francisco. Y así como por manera admirable señaló Leon XIII á los espíritus católicos la verdadera luz que debiera guiarles, proponiendo la sincera restauración de la filosofía del doctor Angélico, así acaba de marcar con la última Encíclica la regla ajustada que han de seguir los cristianos para el ejercicio de las virtudes y el acabamiento eficaz de la corrupción presente. Es decir, que Leon XIII, el gran Pontífice, señala los caminos que deben seguir así los entendimientos como los corazones cristianos.

No poco han amargado estas venturas las inundaciones de que han sido teatro lamentable algunas comarcas de Italia, sobre todo la Lombardía y el Véneto. Porque rotas las cataratas del cielo, los ríos y los lagos se han extendido por aquellas fértiles llanuras donde otras veces cayeron como inundación

viviente toda clase de pueblos inquietos y asoladores, como si Dios tratase de mostrar cuán pronto sigue siempre su castigo á los pecados de los pueblos. Con larga mano ha socorrido el sucesor de aquel Leon que detuvo á Atila, á las víctimas de la reciente catástrofe, siendo su ejemplo eficaz estímulo de la caridad italiana.

A Roma llegan ahora una y otra peregrinación para ofrecer al santo cautivo, pordiosero de triple corona, limosnas y consuelos. En estos últimos días ha llegado á aquella ciudad una nueva peregrinación procedente de Francia. Las bendiciones del Pontífice y sus palabras de amor recompensan los sacrificios de sus hijos que se acercan á las gradas de su trono augusto.

De poco ha servido el cambio ministerial de Francia á la causa de la Religión. El Gabinete que preside ese hombre vulgar, más vulgar aún que sus predecesores, y que se llama M. Duclerc, recrudece la persecución y ya que no tiene frailes á quienes expulsar, aplica rigurosamente la impía ley de Ferry contra la enseñanza cristiana.

Mas la fiera demagógica no se aplaca con estas demostraciones hechas en obsequio suyo por la debilidad del Gobierno; antes bien, reclama otras víctimas y no se conforma con menos que con destruir el orden social. El congreso de obreros colectivistas, socialistas, anárquicos, etc., de Saint-Etienne, las declaraciones de algunos diputados de la extrema izquierda y el continuo y alto clamor que resuena en las reuniones populares, advierten con notoria evidencia cuán próxima está Francia á sufrir dolores espantosos y agonías perdurables.

Mas en la primera quincena de este mes han resonado voces nobilísimas en todos los ámbitos de aquella nación. Con motivo del aniversario del nacimiento del señor conde de Chambord, los monárquicos franceses han ejercitado su inquebrantable fidelidad, ya pidiendo á Dios el pronto término de los hondos males de Francia, ya sirviéndose de banquetes y otros festejos públicos para dar al viento el oriflama católico y legitimista.

Los enojos de la república y las groseras injurias de los republicanos no han impedido estos regocijos populares. Por el contrario, nunca se celebró esta fiesta con mayor entusiasmo y decisión que ahora, como si los extremados rigores de la revolución alentasen y enardeciesen los sentimientos religiosos y monárquicos de la Francia legitimista.

A deshora oyense también allí, por desdicha, siniestros rumores de división entre los buenos: los medios propuestos por la *Sociedad de enseñanza y educación* para resistir la ley Ferry y el juicio de la conducta político-religiosa del Nuncio Mons. Czachy, á quien acaba el Papa de llamar al seno del Sacro Colegio, son motivos de diversas cuestiones que por unos momentos han acalorado los ánimos. Mas la prudencia, que es virtud no menos loable que la vigilancia, ha recobrado muy pronto sus fueros y la paz se ha restablecido de nuevo al momento y casi en absoluto.

Después de sus rápidas victorias, los ingleses se han aplicado á la reorganización de Egipto y al restablecimiento de la autoridad del Jefe. El gobierno inglés, procurando su propio prestigio al mismo tiempo que tranquilizar á los gabinetes europeos, ofreció proceder en el asunto con el mayor desinterés posible y aun cuando la opinión general no se fía mucho de semejantes promesas, hasta ahora no hay motivos ciertos para sospechar que el país de los Faraones se halla convertido en colonia inglesa.

Lentamente, quizá con culpable lentitud, examinan la cuestión y atienden á arreglarla las potencias europeas, que no han prestado eficaz apoyo á las proposiciones de Italia tocante á la futura neutralidad del Canal de Suez. Quizá se conformen y satisfagan con la evacuación del Egipto; sin considerar que si las legiones inglesas se alejan, permanece viva é íntegra la influencia británica y que el Nilo es hoy un río tan inglés como el mismo Támesis.

La vacilación, el recelo, la ineptitud son los achaques propios de la diplomacia europea y sirven á maravilla á los planes del gabinete británico.

En este punto podríamos apuntar gravísimas consideraciones, que deben callarse aquí porque indudablemente son más propias del historiador que del cronista de tan graves y trascendentales sucesos como han ocurrido en Egipto.

Setenta años de edad que cuenta el ilustre Windthorst, jefe de los católicos alemanes, no le impiden dirigir ciertamente el movimiento político-religioso del admirable partido del Centro. Háse apli-

cado en estos últimos días á preparar á sus amigos para las próximas elecciones del Landtag prusiano, y merced á su poderosa actividad, es seguro que el Centro ganará nuevos puestos en la Cámara, aun sin servirse de la agitación antijudáica que agita, como vivísima inquietud, á todos los estados eslavos y alemanes.

Con torpeza intenta contener este saludable movimiento católico el príncipe de Bismark, ya fomentando los odios protestantes con motivo de los matrimonios mixtos, ya dividiendo á los conservadores, que solían ser aliados de los católicos. No hace mucho que en una junta pública se calificaba al Papa de Antecristo, como en los tiempos de la Reforma, y en todas partes se intenta renovar la nativa fiera sectaria.

El plan electoral de los católicos prusianos, como ya se ha dicho antes de ahora, es muy sencillo. En primer lugar se harán grandes esfuerzos para elegir diputados propios: donde esto no sea posible, se ayudará á los conservadores, y en defecto de ellos á los progresistas, más enemigos del Kulturkampf que los liberales nacionales y los conservadores-liberales, grandes y decididos partidarios de la política del Canciller.

Mientras esto sucede en Prusia, en Austria da mucho que pensar la audacia de los afiliados á la Italia irredenta, asociación que aspira á unir á Italia el territorio de Trieste. Para contradecir esa tendencia ha hecho un viaje á dicha ciudad la familia imperial, que ha recibido elocuentes testimonios de cuán poco progresan en aquel país las aspiraciones italianas, aun siendo favorecidas por criminales atentados. La vergüenza enciende el rostro cuando se examina el proceder de los revolucionarios de todas partes, pero los de Italia superan á los demás en criminal osadía. No pueden ser buenas las causas que no aspiran al triunfo por honestos medios, y jamás reparó en ellos la revolución, con ser pregonera de los más altos merecimientos y de las virtudes más excelentes.

Un amigo nuestro que ha visitado últimamente la Polonia rusa, nos asegura que es común en aquella región la opinión de que al fin se verá obligado el gobierno ruso á celebrar la paz con la Santa Sede, devolviendo á los polacos su antigua libertad religiosa.

El gobierno moscovita se ha convencido al fin de que sólo con el auxilio de la Iglesia puede vencer al monstruo de la revolución que allí se llama nihilismo y en Francia comunismo.

¡Ojalá se convengan pronto de lo mismo todos los gobiernos á fin de que la Iglesia pueda recobrar la libertad á que tiene derecho por su divina constitución!

Así se llegaría también por camino seguro á la solución de la cuestión romana que debe preocupar seria y constantemente á todo el que de católico se precie.

D. ISERN.

EL DÍA DE ÁNIMAS

El público todo de Madrid irá en la tarde de este religioso día á visitar los cementerios de la capital.

Igual fúnebre visita se repite todos los años en todas las ciudades, en todos los pueblos de la católica España. En este día, consagrado á la memoria de los muertos, se renueva el luto de las familias, se recibe un aviso nuevo del fin inevitable que espera á todos los mortales. Los vivos van á visitar á los que murieron en este suelo de proscripción. Como las hojas que una primavera ve nacer y que arrebatan los vientos del otoño, todos los días el soplo de la muerte se los lleva y aclara nuestras filas: pronto sucede una nueva generación, los huecos se llenan, y siempre la gran selva del linaje humano se ofrece vigorosa y entera á los golpes de la muerte, y parece desafiar los esfuerzos de su implacable guardiana. Todavía no ha llegado la hora señalada por los eternos decretos, en que la tierra, reina del espacio, y tan preciada de su hermosura volverá á caer deshecha en un rincón del caos. Entretanto las generaciones nacen y mueren, y los desgraciados riegan con su llanto el ingrato suelo que los vio nacer y que debe recibirlos en su seno. ¡Ay del hombre si la religión no le dejase la esperanza de otra vida!

Así la Iglesia católica declara ella misma que es la congregación de los fieles unida en Jesucristo, que forma un mismo cuerpo, cuya cabeza visible es el Papa, y la invisible Jesucristo mismo, comprendiendo en su universalidad á los bienaventurados que gozan del cielo, á los justos que padecen en el purgatorio, y á los fieles que viven en el mundo. Es un cuerpo que se compone de muchos miembros, un ár-

bol que tiene muchas ramas, la Iglesia del cielo, la Iglesia del purgatorio, la Iglesia de la tierra. Los unos han triunfado, los otros expían, los otros pelean. Así la Iglesia se llama *triumfante, paciente, militante*.

La Iglesia celebra el día 1.º de Noviembre, en la gran festividad de todos los Santos, la conmemoración de la Iglesia triunfante; el día siguiente lo consagra á la conmemoración de la Iglesia paciente. Celebra á los que triunfaron ya, demanda oraciones, lágrimas y recuerdos por los que expían sus faltas, por los que abandonaron ya el suelo de la proscripción, por aquellos cuyas tumbas hemos ido á visitar. Ninguno de ellos ha dejado su huella en el mundo, y su memoria se ha ido borrando poco á poco como la señal de un astro que se apaga, como el surco que deja la quilla de un barco sobre las aguas. Todos han arrastrado la carga de padecimientos y miserias bajo la cual gemimos. Todos han prestado el oído á las pérdidas insinuaciones del mundo y de las pasiones; y como Jonatás, se apartaron un momento del campo de batalla para untar su vara en el arroyo de miel... y por eso lloran y gimen en su abrasada cárcel.

No se oye el menor rumor en esos cementerios, llenos de nuestros parientes, de nuestros amigos, de los hombres á quienes envidiábamos, á quienes combatíamos, ruinas invisibles de nosotros mismos, ora haya pasado su vida silenciosa ó en el tumulto, ora alegre ó triste en el poder y en la riqueza ó en el abatimiento y en la miseria.

Todo se reduce á una losa fría y silenciosa. La vista de esas losas que con ávida curiosidad leía el pueblo, tiene cierta cosa de grave y solemne que hace temblar al más insensible; es una muda advertencia de la muerte, esa austera segadora que nada detiene, que todo lo sujeta á su terrible hoz. Los hijos del siglo y de la voluptuosidad, los incrédulos, y los que afectando un orgulloso desprecio hacía la fe de sus padres recorrían los campos santos, solitarios todo el año, llenos de gente este día, se asustaban al contemplar los nichos vacíos, esperando los cuerpos que han de sepultar eternamente en ellos. La sonrisa que contrae sus labios, su fingida indiferencia, disimula mal sus secretos terrores; aunque pasen para aturdirse por su cabeza volutuosos pensamientos, oye una voz interior, parecida á un remordimiento que grita: *se acerca el término fatal*.

Los días y las noches pasan insensiblemente, lo mismo que las semanas, y los meses, y los años. Todo se nos escapa como el agua que cogemos con el hueco de las manos, todo nos acerca á agigantados pasos al silencio de la tumba.

¡Cuántos nombres nuevos leeremos sobre esas losas fúnebres, tristísimo registro de la muerte, que en el año anterior estaban llenos de vida y de salud, y que asistieron á esta funeral visita! ¡Cuántos más se leerán en el año próximo! ¡Cuántos al recorrer los cementerios fijarán distraídos sus ojos en el vacío nicho que próximamente espera sus cuerpos!..

¡Ah! ¡Cuán doloroso espectáculo ofrece el hombre en el mundo buscando la felicidad con un ansia siempre burlada, recuerdo de la grandeza primitiva de su creación, eco de voz celestial que se pierde entre las ruinas: la realidad solo es el dolor. Ese no se le escapará; le sigue desde la cuna al sepulcro. El luto rodea la humanidad como un inmenso crespón, y la alegría no ilumina sino á raros intervalos su sombrío horizonte, semejante al fugaz relámpago que sólo interrumpe un momento la densa noche para hacer más profunda luego su oscuridad.

Poco importa que la vida sea larga ó corta, ilustre ó desconocida, risueña ó triste: la muerte debe pasar sobre todo, pues que el tiempo se lleva con la misma rapidez las penas y las alegrías; la vida más larga no es más que un punto imperceptible en la eternidad. Sólo el astro de la esperanza puede alumbrarnos y conducirnos á la felicidad, á ese fantasma tras del que corremos siempre en el mundo y que siempre se nos escapa.

Alcemos los ojos al cielo. Allá arriba, en aquellas regiones eternas, donde nos han precedido nuestros hermanos, donde nos llama Dios, es donde mora la verdadera felicidad. Para alcanzarla es preciso pelear, es preciso sufrir; por eso nosotros componemos hoy la *Iglesia militante*.

Los que nos han precedido están expiando sus faltas en horribles martirios, que templan empero la esperanza, bálsamo divino que hay en el fondo del cáliz de su dolor, brillante perspectiva que termina el inflamado horizonte que los rodea; pero entretanto sufren cruelmente y ruegan á sus hermanos de destierro que los alivien.

Esta es la *Iglesia paciente*.

Nosotros, tan débiles, aunque impotentes para asegurar nuestra propia felicidad, tenemos su suerte en nuestras manos. ¡Ah! Si nos hubiera sido dado abreviar los padecimientos de los que tanto amábamos sobre la tierra, ¿cuántos sacrificios no habiéramos hecho por salvar de la enfermedad, de la muer-

te, de la amargura, á nuestros padres, á nuestros hermanos, á nuestros amigos?.. Y esas almas que componen la *Iglesia paciente* son nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros amigos. ¡Tened compasión de nosotros, claman, ¡oh vosotros, los que nos amábais en la tierra, porque la mano del Señor ha probado sus iras en nosotros!

Por eso la Iglesia demanda en ese día, de los que aún podemos merecer, oraciones, y las buenas obras que podamos ofrecer al Dios de justicia en compensación de los pecados que expían aquellos desventurados.

Nos precedieron en la vida; los seguiremos muy en breve. El término fijado por Dios á nuestros días es desconocido para nosotros, pero seguro é inevitable.

El progreso material que se advierte en todas las cosas, el lujo que ha decorado las casas de los vivos, ha penetrado en la mansión de los muertos.

Se han construido nuevos cementerios, en que con la decoración del arte se procura hacer menos horrible la mansión de la muerte.

Los cementerios, antes áridos, desnudos de toda vegetación, se han transformado en jardines; pero puede decirse de ellos lo que decía la inscripción del sepulcro de Lúculo, rodeado de verdes arbustos: *Por fuera estoy rodeado de flores, por dentro no soy más que un cadáver*.

Árboles funerales dan sombra y majestad á estos terribles sitios. Árboles de caracteres opuestos, de diverso emblema. Unos inclinan hasta la tierra sus largas y menudas ramas, que agita á su arbitrio el viento, y parecen llorar el infortunio, y así han tomado el nombre de sauces llorones. Los antiguos los plantaban ya cerca de las tumbas; los hebreros cautivos suspendían de sus ramas sus cítaras, y por eso se llaman también sauces de Babilonia.

Otros árboles fúnebres se levantan como un obelisco, como una pirámide: si los llorones doblando sus ramas parecen atraer nuestras miradas hacía la tierra, los cipreses dirigen con sus ramas nuestras esperanzas hacia el cielo.

El ciprés, con sus flotantes hojas en forma de espiral, parece una larga rueda llena de lana, tal cual la imaginaron los poetas en manos de las Parcas que hilaban nuestros destinos. Su aromático olor, su verdor sombrío y perpétuo, su forma piramidal, que parece lanzarse hasta las nubes, un no sé qué de lastimoso que hay en el sonido que produce entre sus ramas la brisa de la mañana y de la tarde, hacen del ciprés el más magnífico compañero de la tumba, y mantiene en los vivos el sentimiento de la inmortalidad.

Nosotros aplaudimos el ver introducidos en nuestros cementerios estos árboles llenos de melancólica expresión.

Bernardino de San Pierre, en sus Armonías de la Naturaleza, dice que los vegetales son los caracteres del libro de la naturaleza, y un cementerio debe de ser una escuela de moral.

Allí, á la vista de los poderosos, de los ricos y de los malvados reducidos á polvo, desaparecen todas las pasiones humanas; allí se despiertan los sentimientos más dulces de humanidad con el recuerdo de los hijos, de los esposos, de los padres, de los amigos. Allí se desvanecen las ilusiones del mundo con el espectáculo de tantos hombres que ha derribado la muerte.

¡Cuántos nombres leeremos en este año!.. Ministros, generales, oradores célebres, mujeres llenas de juventud y hermosura y que han hecho palpar de amor y de placer más de un corazón. ¿Qué queda de su poder, de su gloria, de su saber, de su hermosura?..

Un débil recuerdo, que se perderá cuando al año próximo nuevos nombres de ilustres muertos vengan á extinguirlo.

¿Quiénes serán estos?..

Solo Dios lo sabe; empero es seguro que muchos de los que recorran los campos santos en este año, que más de uno de los que lean estas líneas que escribimos, irán á llenar los vacíos nichos de los cementerios, antes de que la *Iglesia militante* vaya á dirigir otra vez sus oraciones por la *Iglesia paciente*.

¡Solo Dios sabe sobre quién deben recaer sus golpes!!!

EL C. DE F.

DÍA DE DIFUNTOS



AMBIÉN la muerte tiene su día: ¡día grande y terrible, en que la Religión pone á nuestra alma en relaciones con los muertos de todos los siglos, le muestra reducidas á polvo sus grandezas, la asombra con la proximidad de la tumba, y el misterioso aspecto de la

1 Publicamos estos pensamientos, los últimos de su autor, á ruego de varios suscritores que quieren poseerlos.

inacabable eternidad! No sabemos qué sentimientos llenarían el espíritu de nuestros abuelos, al hollar en día tan solemne las losas del santuario; si eran más felices que nosotros, tal vez llorando sobre el sepulcro de sus padres sentirían horror al sepulcro: no así los que se ven forzados á mirarlo como lugar de reposo; no así los que se nutren de amargura y de lágrimas; no así nosotros, los que andamos sobre espigas entre los dolores del mundo, y la cólera del cielo... ¡La desgracia nos ha reconciliado con la muerte!

¡Vivir! ¡sueña á veces la insensata juventud, que vivir es andar por caminos de flores bajo un cielo resplandeciente, y andar entre hermanos sonriéndose y amando! ¡Ah! si eso es vivir, no hemos vivido. La leche de nuestras madres era amarga; nuestros padres, para adormecer nuestra niñez, no supieron contarnos sino cosas muy tristes; ansiábamos por ser hombres, que volase el tiempo, y el tiempo ha dado solo un paso, y somos hombres. ¿Qué habeis visto que pueda aficionaros á la vida? Hemos visto tendida sobre nosotros la mano de Dios, pero de Dios indignado; hemos visto que los hombres, para aplacarle y ser felices, se han perseguido sin tregua y combatido con furia...

No hay morada alguna en que no haya entrado la muerte; no hay hombre de cuyos brazos no haya arrebatado alguna persona á quien amaba. Venid, pues, los enlutados; venid á orar por vuestros padres que murieron ayer, para que vuestros hijos oren por vosotros mañana.

Hay una hora en el día melancólica y solemne; háse hundido el sol en el mar como en basto sepulcro; van desplegándose místicamente por el cielo las sombras; la luz se debilita, se apaga, muere; parece que está el mundo agonizando. El hombre se sumerge entonces en la tristeza de inefables contemplaciones; puede orar; su nada le acerca á Dios. El sacerdote nos ha abierto las puertas del santuario: ¿qué indican esos túmulos cubiertos de paño negro, y esas antorchas que los rodean, y hacen con su pálida luz balancear las sombras sobre los mármoles helados? ¡Santo silencio hay aquí, tinieblas misteriosas, todo está lleno de la incomprensible Divinidad! ¡Ah! cuando en un rincón de alguna desierta capilla, envuelto en la oscuridad se arrodilla el cristiano, en medio de un horror sublime siente no conocida paz y dulzura secreta: respira entonces el aire de región más silenciosa. Al menos en estos grandes instantes no viene á turbarnos el tumulto del mundo: ni se clava en nuestros ojos su insolente mirada. Aquí sólo vemos á Dios y á la muerte; ¡á la muerte, que va empujándonos hacia el sepulcro; á Dios, que nos abre la eternidad!

Han pasado breves años y casi se ha reemplazado la faz de la tierra. El tiempo vuela y en pos de sí nos arrebató; volvemos de cuando en cuando los ojos, y ahora éste, ahora aquél, van desapareciendo nuestros compañeros de viaje: el camino de la humanidad está orlado de sepulcros. ¡Ay! parece ayer, cuando saltábamos, niños juguetones, sobre las rodillas de nuestros abuelos, y jugábamos con sus cabellos blancos; ayer parece, cuando dejábamos al amanecer el lecho, é íbamos al de nuestro padre á besar su mano, á recibir su bendición... Ayer fué, y hoy el lugar dó se sentaban en nuestras casas, está vacío... ¡Hermanos! mi padre dar este nombre á cuantos os habeis reunido á orar y á gemir bajo las bóvedas de este templo: llamais padre á Dios; yo también le llamo mi padre; somos, pues, sus hijos, somos hermanos. ¿Y por quién venís á llorar, hermanos míos? — Mi alma encontró un lenguaje divino para hablar á otra alma, y la habló amando, y me amó. Yo soñé que este amor sería eterno sobre la tierra, y que la tierra sería para mí un paraíso, y ella me ha dejado lágrimas, y háse llevado su amor al sepulcro. — Yo tenía una madre, amparaba con su sombra mi inocencia, y embelesaba mi vida con las caricias inefables que sólo sabe una madre; y ¡yo he perdido á la mía! — Un hijo solo. — ¿Eras tú su madre? — Sólo tenía á mi hijo. — ¡Pobre madre!

¡Es terrible! eso de pensar: «á aquellas personas á quienes amábamos, no hemos de verlas jamás en la tierra;» ¡oh! eso es terrible, eso espanta, eso desesperaría, si en el fondo de la tumba no pusiera la Religión una esperanza. Madre cariñosa nos consuela. Ahora, en este instante podemos hablar á nuestros padres por medio de Dios; y cuando le decimos: tened piedad de sus almas, nuestros padres

lo saben, y saben que los amamos. ¡Dulces y misteriosas relaciones entre los vivos y los muertos! ¡Culto admirable el de los sepulcros! Y respetando los sepulcros, y sobre ellos derramando lágrimas de amor, aumentase el nuestro hacia la patria, y disminuye el terror á la eternidad. Porque en ella se hallan ya las personas que amábamos: porque ¿qué otra cosa es la patria sino el lugar donde reposan las cenizas de nuestros padres?

¡Día de difuntos! Puesto el pié sobre la tumba y próxima á hundirse en ella, alza hoy la humanidad sus manos al cielo, orando por los muertos de todos los países, de todos los siglos. Ellos poblaron la tierra, rieron, y también como nosotros, lloraron. ¿Qué se han hecho sus reyes que resplandeciendo se alzaban en medio del silencio de las naciones? Aquellos hombres de hierro, que las hacían temblar al sonido de su espada ¿dónde están? ¿Dónde los príncipes de la inteligencia, que leían en la flor y en los astros, y con boca de oro hablaban del cielo, y explicaban las leyes de la tierra? Y las que en amor deleitaban y encendían, ángeles con vestidura de mujer, ¿en dónde las veremos?.. Gozaron, embellecieron, ó ensangrentaron en su día á la tierra; ese día pasó, y por la angosta puerta del sepulcro bajaron todos y entraron en esa vasta, oscura y silenciosa región. Pero al entrar en ella despojó la muerte de sus joyas á la dama, de su espada al guerrero, y derribó de las frentes reales las coronas. Porque entonces acaba toda farsa; entonces al menos una vez son iguales todos los hombres: no se asombran entonces los reyes al verse mezclados con los mendigos.

¡Día de difuntos! Estas casas que nosotros habitamos, otros las edificaron; otros andaban ayer por nuestras calles, se reunían en nuestras plazas, y llenos de vida, refan olvidados de la muerte... ¡Ah! cuando á veces en brillantes salones, al son de embelesante música, pasan danzando, como aladas sombras á nuestros ojos, gallardos caballeros y hermosísimas mujeres, parécenos aquella armoniosa danza, danza de muertos. Las flores, una ahora, otra después, van cayendo marchitas; los rostros se paran pálidos; un fantasma horrible, un esqueleto, que se adorna de pedrería y andrajos, preside á la bulliciosa diversión. Ellos no le ven, ellos no le sienten, y está á su lado cuando rien, y en medio de sus armoniosas vueltas les toca y les empuja, y ¡no piensan hacia donde les empuja los miserables! Pasa un día y otro día, pero breves ambos, y vése un hombre subir una escalera silenciosamente y tocar con mano tímida á una puerta. — ¿Vive todavía? — Ve lágrimas en los ojos del que la abrió... con mudos y desmayados pasos va acercándose á otra puerta... aplica el oído y percibe apenas un ruido extraño que eriza los cabellos; alarga poco á poco la cabeza, y ¡ay! la muerte está sentada á la cabecera de una cama.

Cuando pensamos vivamente que hemos de morir, nos ponemos á veces tristes; nos asombramos. En verdad que somos imbéciles: debíamos entonces gozarnos y reír, porque después de la redención, la muerte es el don más precioso que ha hecho Dios á los hombres. ¡Una vida eterna! Antes del pecado podría ser en la tierra un paraíso, pero después de él, no fuera sino un infierno. ¡Vivir eternamente entre ingratos, pérfidos y opresores!

¿Qué víeráis sin la muerte en el mundo? Esclavos que lamieran los piés de sus tiranos; tiranos que se mofáran de ellos y de Dios.

¡Mirad cómo nos reimos de vuestras insolentes locuras!.. No, no es posible oprimiros; somos libres. Cuando soñeis en vuestra impotente cólera aniquilarnos, haciéndoos estremecer, gritaremos: Mirad, mirad, que os sigue, os va á los alcances, os toca ya... y... ¿no veis lo que lleva en la mano esa fantasma? ¡Las llaves de la eternidad!

¡Oh, y qué grande es la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo!

Ayer celebraba cantando la fiesta de Todos los Santos; hoy recuerda llorando á todos los muertos. La Iglesia visible celebra, digámoslo así, desposorios ánuos con esa otra Iglesia para la cual no no existe ya el tiempo.

¡Día de Todos Santos! Fiesta á los triunfadores que ganaron, en este mundo que pasa, la corona inmortal que han de ceñirse en otro que no pasará. Vedles con los ojos del espíritu en el cielo; de toda

edad, y sexo y condición, de toda tribu y de toda lengua, á quienes recogió Jesucristo amorosamente en los caminos de la vida, en la montaña y en el valle, en el palacio y en el calabozo: los que en medio de los deleites del mundo permanecieron puros; en medio de sus bajezas, nobles; en medio de sus dolores, resignados; y en lo alto y en lo bajo, y en las alegrías y en las amarguras, amando á Dios y amando en Dios á los hombres.

¡También la muerte tiene su día! Y en ese día, ¿por quién pedimos á Dios? ¿Cosa admirable! Por nuestros padres y amigos; pero á la vez por todos los muertos. Y ahora, á miles de leguas de nosotros hay hombres á quienes nunca hemos visto, cuyo nombre jamás sabremos, y en estos momentos están rogando por sus padres y amigos; pero también por todos los nuestros. Ruegan por las personas que nosotros amábamos, así como nosotros por las personas que ellos amaban.

Divina es una religión que hasta de la muerte se sirve para estrechar la fraternidad entre los hombres.

¡Divina es una religión que hace elevar al cielo por una alma sola, todas las oraciones de la tierra!

Después del pecado, la muerte es un beneficio. ¡Gracias, buen Dios! Tú te compadeciste del hombre y abreviaste sus días sobre la tierra; postrados sólo en tu presencia, te damos gracias.

Levantáos los que sufrís y lloráis: mirad á lo alto y alegráos; porque todos hemos de morir.

El pensamiento de la muerte asombra los placeres del impío, refrena los furores del insensato, consuela á los infelices, alienta á los débiles...

El sólo pensamiento de la muerte nos ampara á á nosotros, los débiles, contra vosotros, los opresores.

Sumergíos en un mar de deleites, ó palpad el oro con alegría codiciosa; pero sabed, desdichados, que habeis de morir! y vendrá un día, y no se tardará, en que os agarreis inútilmente, con manos desesperadas, de la riqueza que se escapa.

Si un tirano golpea con su cetro de hierro mi cabeza, ó si hundís, verdugos, el puñal en mi pecho desarmado, á aquél y á vosotros diré: Sabed, desdichados, que habeis de morir, y vendrá un día, y no se tardará, en que un vengador inevitable quiebre de un golpe el puñal en vuestras manos ó la corona en vuestra frente.

Siente el cristiano algo dentro de sí que le pone á cubierto de toda tiranía. No la teme; que cosa que dura poco, vale poco. No la teme, porque no ha de faltar quien le libre de ella. La muerte es la libertad.

Nos asustó el impío exaltado como cedro del Líbano: pasamos, volvimos la cabeza, y ni el lugar vimos ya en que el cedro arraigaba.

Entrad en ese cementerio, alzad las losas, removed la tierra. ¡Qué república, gran Dios, y qué ciudadanos!..

Señores que oprimís á los pueblos y os mofáis de Dios, os doy una alegre nueva; dentro de poco seréis ciudadanos de esa república.

Récia cosa debe de ser para los grandes criminales, que el mundo laurea, caer de repente, y desnudos y temblando entre las manos de Dios vivo.

Cuando pasó el otoño, y es fría la brisa de la tarde, el insecto se envuelve como para morir, sobre la hoja, juguete del viento; pero cuando el áura regalada de la primavera viene á mecerle amorosamente, toma brillantes alas y se vuela. En el sepulcro dejó el hombre su cuerpo miserable; lo que piensa, lo que cree, lo que ama en él, el noble huesped que anima aquel barro, no entró en el sepulcro, volóse al cielo.

Morir para quien muere en Jesucristo, es saltar en el bajel que aporta á las playas eternas; es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles.

ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

OFRENDA DE LAS DAMAS DE BÉLGICA

A SANTA TERESA DE JESÚS



ARIAS señoras de la primera nobleza de Bélgica acordaron, con motivo del Tercer Centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús, ofrecerle un rico ex-voto que fuese á la vez homenaje de su respeto y perpetuo recuerdo de su devoción. Después de algunas discusiones acerca del paraje donde debiera colocarse, convinieron en que se pusiera cerca del sepulcro de la Santa en Alba de Tormes, puesto que lo que se conmemoraba era, no su nacimiento en Avila, sino su glorioso tránsito en aquel pueblo.

El dibujo lo ejecutó el señor barón Belhune d'Idewalle, á quien se debe en gran parte la restauración del arte cristiano y del buen gusto católico en aquel país. La ejecución del trabajo fué confiada al diamantista M. Bourdon de Bruyne, que la ha sabido terminar de un modo admirable, haciendo una joya de arte.

Ocupa el centro del precioso medallón un gran corazón de oro, atravesado con una flecha de punta inflamada, de modo que representa el de la Santa. Como en los *ex-votos* el corazón suele representar el del donante con el nombre de éste, y las nobles damas que lo han costeado pasan de veinticuatro, el artista prefirió muy oportunamente prescindir de esta significación y que el corazón del centro, fuera el de la Santa rodeado de llamas y rayos de luz, dentro de un círculo de oro realzado y adornado con ocho esmeraldas y otros tantos zafiros y rubíes.

En la parte superior de este círculo campea el escudo pontificio de Su Santidad, ricamente esmaltado, y sobre él la tierra pontificia, adornada de pequeños rubíes y esmeraldas, con lo cual remata la parte superior del cuadro ó especie de relicario.

En la parte inferior, y en contraposición al escudo pontificio, está asimismo en esmalte el escudo de Bélgica con su león rapante y la corona real adornada también de pequeños rubíes y esmeraldas esmeradamente tallados.

A derecha é izquierda se ostentan los escudos del cardenal arzobispo de Malinas y sus cinco sufragáneos de Gante, Brujas, Namur, Tournay y Lieja, tres á cada lado, comenzando por el del metropolitano el más próximo al del Papa, y á la derecha. La variedad de colores y dibujos heráldicos, preciosamente esmaltados, hace muy bello efecto: todos ellos tienen además el sombrero y las borlas de oro afiligranadas con mucho esmero.

Llenan los intermedios unos adornos de oro y pedrería de carácter gótico trebolado que, partiendo del centro del medallón, llenan agradablemente la circunferencia con grupos de tres perlas gruesas y una esmeralda en el centro; hay además entre cada escudo episcopal un grueso rubí, de mucho valor cada uno de ellos. Es también de notar una gruesa y rica perla, de forma de corazón colocada entre el círculo que rodea el corazón y las armas del Papa.

El valor material del oro y la pedrería, se calcula por los inteligentes en más de 3.000 duros sin la mano de obra.

Al frente de las damas que costean la preciosa ofrenda, figuran la duquesa de Aremberg, las princesas de Ligny, de Croy y de Comte, y otras varias de la principal nobleza de aquel país, juntamente con la señora de Zulueta, de Merry del Val, esposa de nuestro ministro plenipotenciario en aquel país; alguna señora de más encumbrada nobleza ha contribuido no poco para esta rica ofrenda, siquiera no figure su nombre en la lista de los donantes, por altas razones de política.

Al pie del medallón, y sostenido por dos cadenas, hay un tarjetón en forma de pergamino enrollado, en que se lee la dedicatoria, la cual dice así: *Sancta Teresa, ut integra et catholica in regno belgico fides servetur intercedere digneris.*

El precioso ex-voto va encerrado en un marco de ébano, en forma de diptico, y defendido por un cristal, y fué ofrendado y entregado al señor obispo de Salamanca en el ofertorio de la Misa, que celebró de pontifical el día 15 de Octubre en la misma iglesia de Alba de Tormes, donde se conserva el santo é incorrupto cuerpo de la Santa.

Por encargo de dichas damas presentó la ofrenda el que suscribe, asociado de Mons. de S'tacpoole, Camarero de Su Santidad, que había llegado á Alba el día anterior.

VICENTE DE LA FUENTE.

EN UN CEMENTERIO

I

Era una tarde: tras excelso monte
Se hundía el sol poniente,
Vaga sombra robando al horizonte
Su púrpura esplendente.

Yo, solitario, por el campo ameno
Mis pasos dirigía,
Soñadora vagando ya sin freno
Mi ardiente fantasía,

Cuando me hallé en un vasto cementerio,
Do reposa el finado,
Y vi bajar envuelto en el misterio
Un mensajero alado.

¡Un Ángel!.. ¡Oh visión!.. Sus ojos, bellos;
Su labio, purpurino;
Su frente, nacarada; sus cabellos,
Cual hebras de oro fino.

Su peregrino rostro parecía
Un cielo en su hermosura,
Y por do quier brillante despedía
Destellos de luz pura.

Y percibí un rumor ligero y blando
De plumas conmovidas,
Y vile detenerse, replegando
Sus alas extendidas.

Y en torno descubrí cien epitafios,
Blasones de grandeza,
Huesas humildes, altos cenotafios,
Vanidad y pobreza.

Y atónito, al mirar aquel recinto
De aspecto funerario,
Vacilaron mis pies, y por instinto,
Paréme ante un osario.

II

— «¿A qué has venido, mortal?» —
Dijo el Ángel con voz firme:
— «Cumple á tu bien el decirme
Si tu intento es mundanal.

» ¿Oyes el viento que zumba?..
Si tu empeño es temerario,
Derribado en este osario,
Ha de tragarte una tumba.

» ¿Llegas con sinceridad?..
Bendiga Dios tu intención:
Es esta triste mansión
Escuela de la verdad.

» Para que entiendas mejor
La enseñanza de las fosas,
¡Que se levanten las losas!..
¡Que cese ingrato rumor!..» —

A esta voz los aquilones
Obedientes se callaron,
Y descubiertos quedaron
Sepulcros y panteones.

III

VOZ 1.^a

— «Yo ceñí de la inocencia
La aureola con decoro,
En el mundo este tesoro
Hizo amable mi existencia.

» Del cáliz de los engaños,
No libé una sola gota:
Al comenzar, quedó rota
La cadena de mis años.

» Ave de paso en la tierra,
Un día, al primer albor,
Del astuto cazador
Evité la cruda guerra.

» Y subí sobre las nubes;
Y, remontando mi vuelo,
Pude llegar hasta el cielo,
Donde moran los querubes.»

CORO DE MUERTOS.

— «Venid, queridos niños,
Venid con pie ligero;
Que pronto el mundo entero
La guerra os moverá.

» De abrojos erizada,
La tierra es madre impía:
Buscad la tumba fría,
Que grato asilo da.

» En ella el cuerpo inerte
Descansa en paz profunda,
Mientras al alma inunda
La gloria del Señor.

» Que de los niños tiernos
El alma bendecida,
Encuentra en Dios la vida,
La dicha y el amor.» —

VOZ 2.^a

— «Ornó mis labios bozo rubio: apenas
Si mi frente besaron quince abríles;
Y apagó mis alientos juveniles
Soplo de muerte que sentí en mis venas.
» ¡Pobre mortal, que, de esperanzas lleno,
Cálculos fundas en tu edad lozana!
Dime, te ruego, ¿lucirá mañana
Un día para tí limpio y sereno?» —

VOZ 3.^a

— «Ni el dinero, que mis arcas
De ferrado roble henchía,
Ni los vistosos palacios,
Ni las riquísimas quintas,
Ni el enjambre de sirvientes
Que en torno mio bullían,
Ni los banquetes espléndidos,
Ni la dorada vajilla
Fueron parte á detener
De la Parca la cuchilla.
Y ¡oh sarcasmo! allá en el mundo,
Cuando entre necios vivía,
Me llamaban poderoso
Los que en el oro confían.» —

VOZ 4.^a

— «Al que ambicioso, como yo, su frente,
Levanta al cielo con orgullo loco,
Tenedle compasión: está demente,
Y al suelo caerá dentro de poco.
» ¡Mirad al infeliz!.. ¡mirad cuál sube!..
Casi llega, gigante á las alturas...
Al tocar animoso la alta nube,
Vengará rayo ardiente sus locuras.»

VOZ 5.^a

— «Huyendo de los engaños,
A las puertas de la ciencia
Con pertinaz insistencia
Llamé días, meses, años.

» Nunca cejé. De constancia
Dando al mundo firme ejemplo,
Del saber en el gran templo
Quise entrar desde mi infancia.

» Hasta que al fin, lentamente,
Sobre su quicio las puertas
Giraron; vilas abiertas,
Y dí un paso reverente.

» Ya en el templo, lumbre pura
Me bañó con su esplendor...
De la muerte el estertor
Sobrevino, y con premura
Me arrojó en la sepultura.»

CORO DE MUERTOS.

— «La juventud y la suerte,
El poder, la ciencia, el oro,
¿Qué son al fin?.. ¿Qué tesoro
Redimirá de la muerte?..» —

IV

— «Ninguno,» — con voz sonora
Dijo el Ángel; y callaron
Los muertos, y se cerraron
Los concavos sin fragor.

Vuelto súbito el semblante
Hacia mí en aquel momento,
Con severo y noble acento
Dijo el Ángel del Señor:

— «¿Has oído?.. Por el mundo
Cruzarás cual dardo leve;
Y aunque tu vida sea breve,
Será rudo el batallar.

» Que la vida es como río,
Que, estrechado entre riberas,
Corre con ondas ligeras,
A su tumba, que es la mar.

» ¡Hijo del hombre! no olvides
De los muertos la enseñanza;
Si deseas bienandanza,
Medita bien su lección.

» Vete en paz, á mí me cumple
Subir al cielo estrellado.
Si aquí vuelves, á tu lado
Volveré de mi mansión.» —

V

Y el Ángel del Señor abrió sus alas,
Tendió su rauda vuelo,
Pasó cruzando las etéreas salas,
Y reposó en el cielo.

P. HERMENEGILDO TORRES, Escolapio.

HISTORIA DE UN DÍA

ANSELMO. — Ven y te contaré mi historia; es sencilla y breve... Tú sientes; y en tu corazón hay algo más que esa materia que adoran tantos... Es la historia de un día, de una hora... La noche se acerca, es verdad, triste y sombría... pero deja, que tiempo queda para oír del mundo el ruido monótono de los que venden y compran... hasta la vida... *en su amor á la humanidad!*... Escucha los acompasados golpes de la campana grande de la catedral que llama á la oración y al recogimiento... Atiende cómo sus vibraciones van repercutiéndose de valle en valle, y de monte en monte, allá á lo lejos... No hables... cállate... déjame oír... ¿No es verdad que resuenan en tu alma secretas armonías?... Qué, ¿piensas en Dios?

Luis. — ¡Oh, sí! ¡mi alma se eleva en dulcísima contemplación! No sé decir bien lo que siento é imagino allá dentro de mi sér...

ANSELMO. — ¡Fantasías, delirios... locuras... idealismo!... te dirán por ahí los *hombres serios*... Ellos no quieren oír ni sentir nada de esto, por no *falsear* su pensamiento y olvidarse de la *realidad* de las cosas... de la *verdad*... ¿Qué saben ellos lo que es la verdad?... ¡si no creen... si no aman más que su propia carne!...

Luis. — ¡Ah! ¡Si amaran!...

ANSELMO. — ¿No es cierto, joven amigo del alma?... Si ellos amaran, como tú y como yo, creerían y sentirían el goce inefable que anima ahora nuestras almas... Los últimos reflejos del sol coloran



IGLESIA Y CONVENTO DE CARMELITAS DESCALZAS EN ALBA DE TORMES.

las lejanas montañas; mira qué entonación tan bella é inimitable... qué vaguedad en las tintas tiene el cielo... cómo las aguas del río copian el verde mate de los álamos... Oye el chirrido estridente y continuo de los insectos que caminan sobre las yerbecitas del campo, saliendo de sus cuevas, protegidos por la oscuridad de la noche, de las asechanzas del hombre...

Luis. — ¿Pero cuál es tu historia?...

ANSELMO. — ¿Para qué la quieres saber?... ¿No vale más que contemplemos en silencio las obras de Dios en esta hora de reposo?

Luis. — Todo podrá ser después. Lo que quiero es oír tu historia... Empieza...

ANSELMO. — En los albores de mi vida (¡hace de esto tantos años!) vine un día, ¡tristísimo día

para mi alma! á esta humilde ribera. Solo y abatido por el dolor sentéme á la puerta de aquel molino que no lejos de aquí divísamos, sobre un tronco seco que las aguas del río habían traído sabe Dios de dónde, allá por el invierno... Era el medio día; ni una nube en el cielo; sereno el espacio, apenas se movían las hojas de los árboles al compás de la brisa embalsamada con el aroma de las primeras flores que comenzaban entonces á brotar... ¡Si sería bello y apacible el cuadro que tenía ante mis ojos!... Pero nada veía yo de esto, sino oscuridad y sombras. ¡Tal estaba mi corazón!... Sueños de oro habían mecido mi cuna; fácil y sin contradicciones fuera siempre para mí el camino de la vida. De pronto la malicia hu-

mana me acomete y persigue con saña despiadada y cruel. Fué el primer desengaño que recibió mi alma impresionable... ¿Sabes tú lo que es esto?... No; no lo sabes; ¡y quiera el cielo no lo sepas jamás! Vivía yo como la juventud de mi tiempo, envuelto entre goces, fiestas y orgías, haciendo alarde de mi descreimiento y del olvido de los santos principios que me habían sido inculcados en mis primeros años. Todo era para mí ¡pobre loco! invención humana... La pena que sentía yo en aquel día, era profunda... y no hallaba nada dentro de mi sér que la mitigase, antes, todo hacía la irremediable...

Las aguas del río que humedecían mis pies corrían á precipitarse, luchando con el rodezno del molino. No podía quitar los ojos de ellas, y en su fondo oscuro, sucio, me parecía ver el término de mis an-



EL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA SALETA EN EL DÍA DE SU FIESTA, VISITADO POR NUMEROSOS PEREGRINOS



EL TIEMPO ALECCIONANDO Á LA JUVENTUD

gustias... Aquellas aguas me atraían, tenían hasta un encanto extraño para mí...

Visiones fatídicas representábanse en la mente, y la nada veía yo en aquel momento con una realidad irresistible.

No sé lo que luché entonces... pero en medio del ardoroso empeño de morir, llegó á mis oídos el sonido de una campana; miré á lo lejos, y fijáronse mis ojos en la antigua iglesia que todavía puedes distinguir allí en el medio del valle. Siguió sonando la campana y el eco repitiendo su voz vibrante... mi alma conmovióse profundamente, abriéndose mis ojos como heridos por una luz radiante y viva.

¿Quién lo esperaba, amigo mío?... Recuerdos santos vinieron á mi mente... Lo que yo con arrogancia solía llamar necia superstición se apoderó de mí... Palabras de amor y de consuelo resonaron en mi oído, y por entre los bizantinos arcos, que apenas se podían divisar desde donde yo estaba, entraban y salían generaciones cristianas, que al toque de aquella campana iban á postrarse ante el altar con devotísima piedad...

La imagen viva de aquella fe encendió en mi alma la que parecía muerta para siempre. Las toscas columnas cubiertas de musgo, aquellas paredes ennegrecidas por los siglos fueron salvación para mí.

Luego, mi espíritu penetró en el templo que yo tanto conocía y armonías dulcísimas llegaron á mis oídos; y lloré... y las lágrimas sirvieronme de consuelo, y calmaron el loco frenesí que se había apoderado de todo mi ser... ¡Cuánto idealismo romántico!... dirían si me oyese esos llamados *naturalistas*... Y créemelo, amigo mío; nada más verdadero y real que la cortísima historia que te acabo de contar...

Luis. — No entiendo ese *naturalismo* de que hoy se hace alarde; para mí es el *idealismo de la grosería*, la muerte del arte, si el arte pudiera morir alguna vez.

ANSELMO. — Ni pretendas entenderlo jamás, porque es al fin perniciosa doctrina que con el nombre novísimo que lleva, pretende inocular en el corazón humano la negación de todo pensamiento noble y grande...

Luis. — Prosigue contando tu historia...

ANSELMO. — Concluye ahora. Desde entonces renací á la vida; la soledad y un amor inmenso á los que sufren y lloran, fué mi único pensamiento. Propúseme por modelo el Justo y el Santo inmolado en el Calvario, abandonando para siempre las vanidades y glorias del mundo, puesto que me hallaba con fuerzas para luchar con él, en esa lucha titánica del bien con el mal...

Pero tú, joven amigo mío, no sigas mi camino. Sirvate sólo esto de ejemplo, para no olvidar jamás los sentimientos cristianos que por fortuna llenan tu alma con un aroma celestial. Vive y anda en el mundo, pelea y lucha con el mal hasta vencerle; puesto que debes á Dios un espíritu fuerte y varonil y una fe viva. Tu deber es combatir, y mostrar al insensato cuánto valen los corazones que se inspiran en los principios santos de la Religión y la piedad.

Yo, débil y enfermo, sólo me resta vivir con mis recuerdos en la oscuridad y el retiro, pidiendo al cielo fortaleza y perseverancia para los que pelean... Abracémonos, y hasta mañana ó cualquier día que volvamos á vernos. Guarda un lugar en tu corazón para mí, joven amigo del alma, y no te olvides de esta hora pasada así en la intimidad de los recuerdos.

R. SEGADE CAMPOAMOR.

Octubre, 1892.

LOS GRABADOS

OFRENDA DE LAS DAMAS DE BÉLGICA Á SANTA TERESA DE JESUS

(Véase el artículo del Sr. La Fuente.)

IGLESIA Y CONVENTO DE CARMELITAS DESCALZAS EN ALBA DE TORMES

donde murió Santa Teresa, y donde se conservan sus reliquias y su corazón transverberado

Este monasterio fué debido á la piedad de doña Teresa de Layz, la cual, viendo que no tenía hijos, propuso á su marido emplear parte de sus bienes en un convento; y aunque á la Santa fundadora le repugnaba fundar conventos con bienes, hubo de ceder á los consejos de su confesor, y se estableció el de Alba, bajo el título de la Anunciación de Nuestra Señora, el día 25 de Enero de 1571. En este convento, que gracias á Dios subsiste casi como lo dejó la Santa, es donde se conservan las más importantes reliquias suyas, pues habiendo sido trasladado á Avila su cuerpo gloriosísimo, los duques de Alba lo reclamaron, y el Papa Sixto V, por breve de 10 de Julio de 1580, mandó volver las reliquias de Avila á Alba de Tormes.

De la parte de iglesia y convento que representa nuestro grabado, la portada plateresca es la primitiva, así como la

entrada del convento; pero en el resto de ambos edificios hay muchas adiciones, hechas en siglos posteriores.

Este templo es sin duda el *corazón* de los carmelitas descalzos y el de todos los devotos de Santa Teresa. Quiera Dios que siempre se estrellen contra sus humildes paredes las olas de la revolución.

EL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA SALETA
EN EL DÍA DE SU FIESTA,
VISITADO POR NUMEROSOS PEREGRINOS

La aparición de Nuestra Señora de la Saleta es casi tan popular como la de Lourdes. Ocurrió el día 19 de Setiembre de 1846. Desde esta fecha la solitaria aldea del Cantón de Corps, de el arzobispado de Grenoble, se ha hecho célebre en la cristiandad, y numerosos peregrinos acuden al magnífico santuario allí edificado, sobre todo, el día en que se celebra la fiesta de la aparición.

Este año ha sido solemnísima; y debemos á un amigo nuestro el dibujo del santuario en ese día, con el que seguramente habrán de gozarse nuestros lectores.

EL TIEMPO ALECCIONANDO Á LA JUVENTUD

Nuestros lectores adivinarán, á primera vista, el pensamiento representado por el precioso grabado á que se refiere este título. El *Tiempo*, simbolizado en un anciano que empuña con la mano derecha la guadaña de la muerte, muestra con la izquierda á unas jóvenes que gozan de la primavera de la vida, el paso de las horas en un cuadrante solar, colocado sobre una bella columna ceñida de flores.

La niña más pequeña no se cuida de eso, y pone toda su atención en jugar sobre la carretilla del *Tiempo*, asentada en un lado del cuadro; la niña mediana mira ya y se entera de las indicaciones del *Tiempo*, y la mayorcita comprueba, con melancolía, su reloj con el cuadrante solar, fijándose por primera vez, sin duda, en la fugacidad de las horas de que se compone la vida y en que se ufana la juventud.

Preside esta escena, muda y elocuente, una iglesia que se destaca sobre el ramaje, símbolo de la eternidad, que es superior á la rigurosa ley del *Tiempo*.

Creemos que tan bello pensamiento ha de causar dulce interés en el ánimo de nuestros lectores, en vispera de la conmemoración de los fieles difuntos; pues sin la amarga perspectiva de tumbas y cementerios, despierta en el corazón el sentimiento edificante de la nada de la vida y de los sublimes misterios de la eternidad.

De la ejecución del grabado juzgarán las personas competentes, y esto es cuanto se puede encarecer.

SIR GARNET J. WOLSELEY

general en jefe del ejército inglés, en Egipto.

La rápida campaña de los ingleses, en Egipto, ha dado celebridad universal al hábil general que la ha dirigido.

Sir Garnet J. Wolseley es hijo del general del mismo nombre, y nació en 1833; de modo que cuenta sólo 49 años de edad. Era alférez en 1852, é hizo sus primeras armas en la guerra de Birmania, y luego en las campañas de Crimea, siendo herido gravemente de un balazo en el hombro en las paralelas, ante Sebastopol; sirvió más tarde en la India y en la guerra de China, y mandó la expedición inglesa al Río Colorado, como diputado del gobierno británico en el Canadá.

En 1873 dirigió la campaña contra los ashantes; en 1878 ocupó la isla de Chipre, secundando los planes del general Disraeli, mientras éste se hallaba en el congreso de Berlín; en 1879 prestó sus servicios en la guerra contra los zulús hasta la batalla de Ulundi.

Sir Garnet J. Wolseley ha ejercido el cargo de gobernador de Natal, y al ser nombrado general en jefe del ejército inglés, en Egipto, desempeñaba el alto cargo de Consejero del Supremo de la India, Mayor general de la guardia de c.allería y ayudante general de ejército.

El ilustre General ha regresado á Londres, donde volverá á ocuparse en las pacíficas tareas de su estudio y en los negocios que el Gobierno le cofine.

EL INFELIZ SANTIAGO

POR

PAUL FEVAL

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

por

J. A. PAADIN

(Continuación)

No es propio del carácter de un comerciante responder sí ó nó como otro hombre, sobre todo cuando este comerciante ha nacido bajo el hermoso cielo del Mediodía. Los regidores, llenos de espanto por la terrible voz del capitán, trataron de parlamentar.

Uno de ellos no se avergonzó de ofrecer 50.000 escudos.

Cassard salió indignado; pero antes agotó el enérgico vocabulario de á bordo, para atestiguar toda su indignación y su profundo desprecio.

Si tuviese sobre el *Eclatant* bombas y morteros, Marsella, dado el carácter indomable de Cassard, corría gran riesgo de ser incendiada en aquel día. En lugar de este recurso extremo, á los tribunales

acudió el marino; pero el comercio marsellés era rico.

El dinero con que el mismo Cassard llenara los bolsillos de estos avaros traficantes, sirvió, quizás, para agasajar los jueces del presidial que desestimaron su demanda, y, en fin de cuentas, Cassard fué declarado sin derecho bajo el pretexto de que *no habiendo su mismo buque escoltado hasta el puerto la flota de mercancías, las cláusulas del tratado verbal se encontraban sin cumplir*.

Cassard apeló del presidial al Parlamento y del Parlamento al trono y consumió fortuna y crédito en sostener ruinosos pleitos para perderlo todo.

He aquí lo que contenía el memorial del infeliz Santiago.

II

En una mañana del mes de Marzo de 1728, Cassard se hallaba en su puesto habitual, en un oscuro rincón de la antecámara del cardenal de Fleury. El infeliz parecía más triste aún que de ordinario. Su calva estaba despojada de la pequeña peluca, que dejara sin duda olvidada sobre la almohada de su cama. En cambio, las injurias del tiempo no se notaban apenas en sus vestidos, recubiertos de una espesa capa de polvo. Evidentemente el bravo capitán descuidó su *toilette* en aquella mañana. Alguna triste y grave preocupación no le había dejado tiempo para ello.

En la antecámara no se hallaban todavía más que él y algunos lacayos que limpiaban en sus barbas las banquetas y no le perdonaban esas miserables burlas de la clásica chusma, cuya herencia parecen monopolizar muchos viajeros y otros dependientes del comercio moderno. Cassard no les escuchaba. De vez en cuando meneaba lastimosamente su cabeza calva y arrojaba sobre el umbral de la puerta una mirada llena de amargura y desaliento.

— ¡Pobres hermanas! — murmuraba — ¡yo las arruino! Sin mí, ellas vivirían dichosas... ¡Pobres hermanas!

Y sacaba de su bolsillo una carta que releía despacio, deteniéndose en cada línea para lanzar un suspiro y levantar los ojos al cielo.

Cassard tenía dos hermanas, naturales como él de Nantes, donde cada una poseía una pequeña renta vitalicia de 1.200 libras. En la época de sus primeros y brillantes pasos, dados en su profesión de marino, Cassard se había prometido dotarlas ricamente. Amaba en extremo á estas dos buenas y santas hijas que recibieran para él el último beso de su moribunda madre y cuya infancia protegió.

Y ahora, ocioso, inútil ante la vejez, se hallaba al cuidado de ellas desde hacía trece años!

Esta carta, que releía con angustia, le anunciaba que la mayor de ellas se había visto obligada á empeñar á un prestamista el título de su pequeña renta para subvenir al último envío de fondos que él, Cassard, recibiera.

Hasta entonces el viejo marino había aceptado sin remordimientos los módicos socorros que le venían de Nantes. ¡Gastaba tan poco! Pero esta carta era una revelación aflictiva. En aquellos momentos y por primera vez, media la profundidad, desconocida hasta entonces, de su extremada pobreza.

Por más que dijese que esta vida de pretendiente, suplicio perpetuo para su alma fiera é inflexible, la soportaba con ánimo y no por él sino por sus hermanas que, más jóvenes, menos gastadas por el dolor, podían todavía ser felices en el mundo, la realidad, cruel, descarnada, tornaba á su espíritu. En lugar de servir á sus hermanas, las arrebataba el último recurso que guardarían para los días de la ancianidad.

— ¡Oh! yo economizaré — decía entonces — hasta el pan que me sustenta. Yo abandonaré mi abrigada habitación para vivir en comunidad con los obreros, porque quizás se aproxima el momento en que al fin se me hará justicia; no se me ha de privar siempre de estos tres millones que se me deben. Yo venderé, si es necesario... ¡ay! ¿qué he de vender yo?

A medida que estos pensamientos luchaban en su cerebro, la frente del viejo marino revelaba más pesadumbre; una desesperación verdadera invadía su corazón. Después surgían ideas locas y terribles. Quería forzar la puerta de la habitación del Ministro, y, con la pistola al cuello, gritarle:

— ¡He prestado mi hacienda y mis servicios al Estado, pagadme!

Las horas corrían mientras que él deliraba de este modo. Los sirvientes habían desaparecido para dejar el sitio á los hujieres de gabinete. Un enjambre de distinguidos señores, que aumentaba incesantemente, se dividía en grupos, riendo y conversando sobre las noticias del día.

Algunos, que lucían las divisas de diferentes graduaciones en el ejército, se mantenían cerca de la

puerta á fin de entrar los primeros. Sus rostros tenían un tinte uniforme de descontento, de ese descontento frívolo é indigesto que se disipa como por encanto á la primera sonrisa del jefe.

Estos zánganos de la corte, criticaban y se condonaban que daban lástima.

— Es cosa convenida — exclamaba uno de ellos, M. de Puylaurens, — no hay favor sino para la gente de mar.

Todos ellos alzaron sus hombros enteramente empolvados.

— ¡Voto á sanes, señores! — replicó otro. — Yo quiero deciros lo que, según creo, nos resta que hacer. Vistámonos de faena, perfumémonos de alquitrán, ennegrezcamos nuestras manos, y sobre todo, llamémoslos comerciantes. Entonces seremos mejor recibidos en la Corte.

Este gentil-hombre quiso decir una agudeza. Sus compañeros tuvieron en cuenta sus palabras y prorrumpieron en tímida carcajada. En atención al lugar, era esto novedad.

— Ciertamente — replicó M. de Puylaurens. — Llamémoslos Bart, Tronin... cualquier cosa...

Antes de que hubiese terminado la frase, un hombre alto y de semblante imponente hizo su entrada con gran ruido. Llevaba el traje de teniente general de las fuerzas navales, y lucía sobre su pecho la gran placa de San Luís. De repente se produjo un movimiento en la antecámara. Todos quisieron aproximarse y saludar al recién llegado.

— ¿Qué decía yo? — murmuró M. de Puylaurens. — Hé aquí uno que ha sido hecho noble bajo el último reinado, y que se da aires de príncipe.

Esto no impidió que M. de Puylaurens y sus amigos hiciesen al recién llegado un saludo casi respetuoso. El oficial general les correspondió fríamente, y, como autoridad, se colocó entre ellos y la puerta. En esta posición estaba á diez pasos de Cassard.

Entonces se empeñó una nueva conversación, bien diferente de la primera. M. de Puylaurens, sobre todo, ensalzaba la Marina con poético y plausible entusiasmo, y aquél á quien se dirigía contestaba con distraída finura. Parecía impacientarse de esperar.

De repente, un grito ahogado se dejó oír en uno de los ángulos de la habitación. La fiebre del viejo Cassard alcanzaba á una especie de delirio.

— ¡Justicia! — decía este desgraciado hombre, que quizá creía apretar la garganta del Ministro. — El Rey me debe, ¡pagadme!

El recién llegado se estremeció al oír esta voz y volvióse súbitamente. Después, rápido como el pensamiento, se avalanzó y estrechó al viejo marino entre sus brazos.

— ¿Qué diablos tiene M. Duguay con este pobre petate? — decían los gentiles-hombres asombrados.

— ¡Dios de Dios! — murmuraba la gente de librea — el infeliz Santiago tiene excelentes relaciones.

Cassard había despertado con sobresalto. Ante un señor todo cubierto de seda, de oro y de blondas, creyó desde luego en un encanto.

Luego se fijó mejor, y dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

— ¡Gracias, René, gracias! — dijo en voz baja y con profunda emoción.

A la verdad, no pretendemos establecer punto de comparación entre el capitán Cassard, humilde existencia predestinada al infortunio, y el distinguido Duguay-Tronin, el héroe completo, el hombre que honró verdaderamente la más brillante carrera que puede soñar la loca imaginación de un guardia marina al partir para su primera campaña.

Y, sin embargo, Cassard era también un héroe. Y una viva pena viene á embargar nuestro corazón, pensando que miserables pasiones de mostrador pudieran un día, y podrían aun en otros casos, cambiar así la gloria en duelo.

Porque, en el orden moral como en el orden físico, las heridas que se reciben de abajo son mortales. Los reptiles son en su mayor parte pequeños y viven en el fango. Los miasmas deletéreos que matan al habitante de las lagunas Pontinas, nacen del agua fétida que duerme inapercibida á sus pies.

Duguay-Tronin estaba sentado al lado de Cassard. Los dos conversaron durante largo tiempo. Muchas veces la puerta de la habitación del ministro se abría y volvía á cerrarse, sin que el teniente general, tan impaciente en aquella ocasión, se cuidase de ello.

Cassard refería su historia. A medida que Duguay-Tronin escuchaba el relato de su antiguo compañero de armas, la piedad, la cólera, la indignación se retrataban en su noble fisonomía.

— ¡Detestables bribones! — murmuraba entre dientes — ¡los mismos en todas partes! ¡Ellos me hubieran hecho otro tanto en San Malo si hubiesen podido!

Cassard guardaba silencio hacía algunos minutos. El de San Malo discurría sobre los medios de hacer

que obtuviese justicia. Los cortesanos repetían en su interminable asombro:

— Pero ¿qué diablos puede tener M. Duguay con este pobre hombre?

Duguay-Tronin les oyó al fin. Hizo levantar á Cassard y le arrastró hasta el centro de la sala, donde le abrazó. Luego, recorriendo con una mirada el círculo de cortesanos, les preguntó:

— ¿Conoce alguno de vosotros á este pobre hombre?

Nadie — respondió. — Sólo los hujieres y criados podrían decir que se llamaba el infeliz Santiago.

— ¡No le conocéis vosotros — replicó amargamente Duguay-Tronin, — y no pueden decir lo mismo los ingleses, holandeses y portugueses! ¡No se olvida su nombre entre los enemigos de la Francia! Señores, este pobre hombre es Santiago Cassard.

Y como este nombre dejaba fríos todos los rostros, Duguay-Tronin añadió con gravedad:

— Santiago Cassard, el mejor oficial de Marina que existe hoy en Francia... ¡Vosotros me dispensáis el honor de conocerme, y por una sola de sus proezas yo cambiaría todos los actos de mi vida marítima!

— ¡Oh, no, no! ¡esto es demasiado, René, esto es demasiado! — balbuceaba el viejo marino sin poder respirar apenas por sus sollozos.

Y se estrechaba contra su noble panegirista, porque le infundía vergüenza aquella gloria que de repente venía á iluminar su miseria.

Nosotros no conocemos nada más hermoso que esta exageración de un grande hombre exaltando á costa suya los méritos de un desgraciado compañero de armas. A causa de este rasgo y de varios servicios entremezclados con los prodigios de su vida militar, René Duguay-Tronin se nos ofrecía como el tipo caballeresco y puro por excelencia de la grandeza marítima de su siglo. Cada uno de los competidores ó émulos del gran Bretón ó cada uno de sus rivales, no llegó á obtener los resplandores de su fama. Sólo Duguay-Tronin marcha con paso siempre firme de un extremo al otro de su larga carrera, prudente, intrépido, hábil, lleno de honor y de generosidad.

Entre tanto, Cassard, cortada por esta inesperada emoción, estaba allí pálido, indeciso, próximo á desfallecer. M. Duguay llamó á uno de los hujieres y le encargó que condujese á su hotel al capitán.

— El señor teniente general me dispensará — dijo el criado. — ¿Pero dónde se halla situado el hotel Duguay-Tronin?

Una sonrisa de miserable venganza satisfecha apareció al mismo tiempo en todos los labios.

El de San Malo dijo con sencillez.

— Yo conozco cuatro buques á los que se quiso dar este nombre. En tanto que á un posadero no se le ocurra darlo á su hotel, yo habito en el tercer piso del de Bretagne, calle de la Croix-des-Petits-Champs... Id, pues.

Respondiendo así al criado, fingió engañarse respecto al sentido de su insolente pregunta. Cuando este último partiera ya con Cassard, Duguay-Tronin, volviéndose hácia los gentiles-hombres:

— Señores — dijo — mis abuelos no tenían hotel alguno; yo no tengo que hacerle. Mi morada es un buque del Rey y vengo solamente á la corte cuando Su Majestad se sirve llamarme.

Los cortesanos no se sonreían ya: el paralelo era demasiado picante. Ellos sitiaban sin descanso la antecámara del Ministro, mientras que el recuerdo real iba á buscar al valiente marino hasta su buque.

Duguay se calló. Fué á sentarse en el sitio en que de ordinario lo hacía Cassard y aguardó su turno. Había venido al palacio para dar gracias á Su Eminencia por recientes favores de la corte; pero cuanto más esperaba, más el relato de Cassard dominaba su espíritu. Cuando al fin fué introducido, había olvidado del todo el primer motivo de su visita.

El ministro estaba solo. Al entrar, Duguay saludó con aire preocupado, y arrojando su sombrero sobre un mueble, adelantó un sillón hasta cerca del de Su Eminencia.

M. de Fleury le miraba con asombro: ordinariamente se le hablaba de pie y con sombrero en mano. Sin embargo, como la jurisprudencia cortesanesca cerraba los ojos sobre muchas cosas con respecto á los marinos, Su Ema. se dignó conservar en su boca esta arruga risueña y dulce que cuadraba bien con su reputación de dulzura.

— Esperamos — decía — que M. Duguay tenga motivos de contento respecto de nosotros.

— ¡Irritado estoy, monseñor! — exclamó éste, cuya cólera á duras penas contenida durante su espera, se escapaba ahora con tanta más violencia.

El Cardenal retiró instintivamente su sillón.

— ¡Exponer su vida noche y día — continuó el de San Malo enardeciéndose; — gastar fuerzas y bienes; habérselas con los elementos cuando todavía el ene-

migo no se presentara, y ganar cada una de nuestras horas con el sudor de nuestra frente: hé aquí nuestra existencia, monseñor!

— Pero... — quiso decir el ministro.

Duguay-Tronin le interrumpió.

— Y esto, en mi opinión, merece justicia, si no recompensa.

— ¿Teneis, pues, de qué quejaros, M. Duguay?

— No en cuanto á mí, monseñor, que doy gracias á S. M. así como á V. Ema.; pero yo encontré aquí, en vuestra antecámara, entre sirvientes que le ridiculizan y jóvenes cortesanos que ignoran su nombre, según creo, puesto que para designarle emplean un mote despreciativo... encontré un hombre de más valer el solo que cuanto contiene vuestra antecámara entre sirvientes y gentiles-hombres, monseñor; un hombre que ha puesto muy alto el honor del pabellón francés en el Mediterráneo, sobre las costas de Africa, en las Antillas y en otras partes, en el mundo entero; un hombre...

— ¿Quién es él? — preguntó asombrado el Cardenal.

Duguay no hizo caso de esta interrupción.

— Un hombre — continuó — que ha prestado servicios tan grandes, que el difunto Rey decía no poderlos pagar bastante; un hombre, en fin, que no quiere ni pensiones ni recompensas; que pide justicia, y á quien se desprecia años há...

— ¿Cassard? — adivinó el Cardenal á este último dicho.

— Cassard, en efecto, monseñor.

— Nosotros reflexionaremos, M. Duguay, nosotros haremos de modo...

— Monseñor — interrumpió aquel á su vez — mientras que un ministro reflexiona, un hombre sufre y muere.

El Cardenal se levantó ofendido.

— Si Cassard hubiese reflexionado en lugar de obrar — replicó imperturbablemente Duguay-Tronin — ¿qué sería muchas veces del honor de la Francia?... ¿V. Ema. no tiene quizás presente el recuerdo de sus gloriosas expediciones?

— Sí señor — dijo el Cardenal.

— Entonces V. Ema. me seguirá sin dificultad en un cálculo que me atrevo á proponerle. En Cabo Verde, Cassard arrebató á los portugueses algo más de tres millones. Después de haber destruido é incendiado las posesiones portuguesas, hizo rumbo hacia las Antillas. Llegado delante de Montserrat...

— Ya sé, señor, ya sé — dijo todavía el Cardenal.

— ¡No quiera Dios que piense yo lo contrario! — repuso M. Duguay, que recobraba su sangre fría á medida que M. de Fleury parecía perder la paciencia. — Un gran Ministro, como V. Ema. está obligado á conocer los méritos de todos los jefes de mar y tierra... El que llevó á cabo un brillante hecho de armas, monseñor, con notable provecho para el Tesoro... Pero sobre todo en Artigoa...

El Cardenal hizo un gesto de impaciencia.

— Lleguemos luego al combate de Surinam — replicó el de San Malo. — Cassard no disponía allí sino de una débil escuadra en muy mal estado, como sabe muy bien V. Ema.: tres navíos, cinco fragatas y dos caiques. Con sólo esto, ha hecho tales prodigios, que serían bastantes para cubrir de gloria una escuadra completa.

— ¡Señor! — exclamó el Cardenal, principiando á encolerizarse. — Nosotros contamos edad bastante para conocer la historia de nuestros tiempos.

Duguay se inclinó y dijo:

— Pues que este asunto disgusta á V. Ema., es necesario terminarlo sin demora. Tres millones en Cabo Verde; más de tres millones en las Antillas; cuatro millones y seiscientos mil libras en Surinam, hacen, sino me engaño, diez millones y seiscientos mil libras, proporcionados por Cassard al Tesoro en un solo año... Por todo esto, y por haber pagado con su sangre el pan que un día ofreció á media Francia hambrienta, Cassard, despojado por los mismos cuya fortuna hizo, arruinado, escarnecido, muriendo de hambre en cambio, pide justicia al Rey, monseñor, contra los bandidos del comercio de Marsella.

El Cardenal había recobrado la calma. Era justo y bueno, y la leal palabra del marino le había impresionado.

— Señor teniente general — dijo ya calmado, — Cassard prestó á S. M. servicios que estoy muy lejos de contradecir, y creo poder afirmar que si hubiese reclamado su legítima recompensa, el Rey se la hubiera concedido largo tiempo hace; pero, ya lo habeis dicho, exige justicia y en todo pleito hay dos partes. El Rey no es juez ni tampoco el Ministro del Rey. La comunidad de comerciantes de Marsella sirve tambien de cierto modo al Estado, y es un cuerpo poderoso y respetable. Debo decir que los hechos, objeto de la causa, me fueron narrados de tal suerte, que juzgo haber allí materia para réplica.

— Si V. Ema. confía en mi honor — exclamó con ímpetu Duguay — yo estoy dispuesto á prestar juramento...

El Cardenal le interrumpió con un gesto de dignidad, pero también de profunda y afectuosa admiración.

— ¿Quién — dijo — no tendría confianza en el honor de Duguay-Tronin?... Señor teniente general, yo os he hablado según el deber de mi cargo, y añado que el amigo, el antiguo compañero de armas de nuestro más ilustre marino, tendrá en mí un protector. Yo tomaré parte en el asunto, y tanto como la imparcialidad lo permita, lo examinaré animado de un espíritu favorable. ¿Nada tenéis que pedir al Rey para vos?

— Monseñor — respondió el de San-Malo, — no dudo que para algo vine; pero os suplico me dispenséis; he olvidado lo que deseaba.

Saluda y se retira, y en el umbral de la puerta añade:

— Llevo la promesa de V. Ema. respecto de Santiago Cassard, y os la recordaré, monseñor, en tiempo y lugar.

(Se continuará.)

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

HIGIENE EN EL CAMPO.

Los movimientos incesantes de las capas atmosféricas, la intensidad de los fenómenos luminosos y eléctricos, y sobre todo, la benéfica acción de depuración ejercida por una vegetación fecunda, dan al aire del campo sus cualidades proverbiales de vivificante pureza. Los organismos vivientes hallan el estímulo de todas sus funciones y el perfeccionamiento del trabajo nutritivo en particular: la longevidad es el privilegio casi exclusivo de los campesinos.

No obstante, estos echan á perder, por una increíble ignorancia de las reglas más elementales de la higiene pública y privada, las condiciones excepcionales como salubridad del medio atmosférico en donde se encuentran sumergidos sin cesar. Acabamos de leer el notable libro de medicina social que ha publicado recientemente sobre la higiene y las enfermedades de los habitantes del campo, el profesor Alejo Layet. Se admira de ver los múltiples *deseada* de la vida material del campesino en Europa.

No pudiendo aquí desarrollar el tema tratado ampliamente por nuestro sabio cofrade, nos limitaremos á insistir sobre algunos puntos capitales de la higiene del campesino.

Las habitaciones agrícolas son de las más insalubres, estorbadas con provisiones de toda clase (cáñamo, cebollas, jamones); esmaltadas con restos de legumbres, salivazos y excreciones variadas, manchadas por el humo, ensuciadas por las emanaciones y los excrementos de los perros, gatos, gallinas y otros animales que viven con el campesino en una deplorable promiscuidad; los locales insuficientes donde vive el habitante del campo son en todas partes llenos de suciedades malsanas. En todas partes las aguas se corrompen sobre el suelo, y los trapos de la familia se pudren en el techo, el mueblaje es sórdido, la cama fangosa é insuficiente. Todo esto es la habitación rural. A su alrededor, estercoleros é inmundicias irradian sin cesar los miasmas mas peligrosos...

La higiene manda al campesino que evite para su casa techos de bálagos que se pudren y se incendian; de levantar el suelo de su habitación arriba del terreno circundante; de entarimar ese suelo ó por lo menos de empedrarlo; de asegurar por conductos apropiados, la evacuación de sus aguas servidas; barrer y lavar á menudo su habitación, como de renovar el aire de ella manteniendo en su ajuar y sobre todo en su cama la limpieza indispensable, no debiendo colgar en el techo, ni sus ropas, ni sus provisiones de boca.

Alejará de su casa los establos, las caballerizas, los gallineros. Esos diversos anexos de la granja, serán saneados é impermeabilizados por un empedrado en declive, donde se cavarán regueras y purineas. Estas últimas serán colocadas fuera de las caballerizas.

Cada día se levantará el estiercol, se limpiará el suelo, y se multiplicarán los lavados con abundancia de agua. Luego los estercoleros serán desinfectados afuera y los establos bien ventilados.

La misma limpieza se aplicará á los galpones y á los graneros. Para eso, se precisa agua, proveyendo cada granja de una cisterna; así el problema quedaría resuelto, pues el agua de lluvia se encargaría, si fuera menester, de llenar los estanques.

El campesino debe evitar el dormir junto á los ganados. Además de la acción malsana de los establos se expone, si hiciere lo contrario, á contraer tiñas tan comunes en el campo, y á adquirir parásitos.

Al lado de la higiene de la habitación, se coloca la higiene de las aldeas, ordinariamente tan sucias y que constituyen, según la enérgica expresión del Dr. Layet, verdaderas letrinas públicas; impedir los depósitos de estiercol, quitar éstos lo más pronto posible después de una desinfección de una mezcla de yeso, sulfato de hierro y fosfato de cal; alejar de las habitaciones los charcos, multiplicar las cisternas y fuentes, conservándolas en un cuidadoso estado de limpieza; tales son las principales reglas de higiene pública y privada muy sencillas. (¿no es cierto?): es cierto que deben aplicarse á las aldeas.

Si hay un individuo á quien se debe predicar la limpieza, esa indispensable virtud, es al campesino. Cubierto de una mugre espesa y permanente, cuando más, se lava el domingo. «No se baña, dice Munaret, sino cuando llueve».

Así vuélvese sordo en edad temprana por la acumulación del *cerumen* en sus orejas, desdentado por las materias que deja acumular sobre las encías; calvo, á consecuencia de su alejamiento premeditado del cepillo y del peine.

Sucio en su ropa blanca como en sus vestidos, ofrece, por su suciedad constitucional, el más favorable terreno á los parásitos.

Las larvas de las moscas, los piojos, la tiña inveterada, etc., se implantan temprano sobre los niños del campo, en quienes la suciedad reina á menudo.

¿El progreso de la instrucción primaria traerá á esos dolorosos cuadros los cambios deseables? Es permitido esperarlo, y nuestro deber es de impulsar á ello, levantando la voz en nombre del buen sentido, quien dicta al hombre los cuidados que debe tomar sobre su persona y le rodea de ejemplos útiles que hace mal si no aprovecha.

El campesino debe lavarse todas las mañanas y hará lo mismo después del trabajo; bañándose y jabonándose por lo menos dos veces por mes.

Conservará limpios los dientes, las orejas, los cabellos y la barba; mudará dos veces por semana al menos su ropa interior, y cuidará de tener una camisa de noche. En fin, sacudirá y lavará con frecuencia sus vestidos. El género de las faenas á las que se entrega el hombre del campo exige una limpieza individual muy minuciosa, que debe atenderse con preferencia en todos los momentos.

EXCELENCIAS DEL HENO

El prensado de los forrajes secos es uno de los mejores procedimientos de conservación que puede emplearse, y el heno es lo que más se presta para este método.

El heno es una materia muy voluminosa, y por lo tanto, su transporte origina un coste desproporcionado á su valor, no pudiendo conducirse á grandes distancias.

De aquí nace el que se haya procurado remediar este inconveniente, sobre todo para los puntos en que se produce más del que puede consumirse, haciéndole sufrir una transformación, que le reduce considerablemente de volumen, por medio de la presión, que conserva á la planta todo su aroma, su frescura y su fuerza nutritiva, é impide que algunos vegetales se añejen.

Sabiéndose que el heno añejo pierde mucho de su cualidad nutritiva, que no es el tiempo el que le hace envejecer, y sí la acción del aire que circula por la masa con más ó menos actividad, como el prensado evita todo esto, da por resultado la seguridad de conservarle.

El heno aprensado contiene además todas las hojas y granos, que son las partes más alimenticias, y que se pierden por lo común empleando el procedimiento ordinario de conservación seguido de antiguo.

Tampoco se impregna de polvo y de materias extrañas, que en algunos casos contienen gérmenes de enfermedades, produciendo influencias dañinas en la salud de los animales.

El prensado preserva al heno de la lluvia, que no penetra en la masa, y al propio tiempo, impide fácilmente la acción de la humedad, conservando al forraje un sabor y un aroma agradables por la fermentación lenta y moderada que en él se verifica, siendo menos combustible por su mayor densidad.

Además se aumenta la capacidad real de los graneros, donde puede encerrarse mayor cantidad de heno en el mismo espacio, siendo la proporción un séxtuplo.

Se obtiene la compresión del heno con facilidad suma, por medio de una prensa especial, que responde á una necesidad efectiva y da buenos resultados, á juzgar por el gran número de diferentes modelos que los constructores fabrican en Europa y en América.

Hay algunas de forma sencilla y de poco precio, que pueden emplearse convenientemente por los labradores en sus casas de campo.

LA SEÑORITA DE NEUVILLE

NOVELA

DE MATILDE BOURDÓN

(Continuación.)

IX

EN EL BALCÓN.

Vicente por naturaleza era poco observador; Dural no veía á Delfina sino momentos muy cortos; Carlota era demasiado joven y demasiado respetuosa.

Pero si en este pequeño mundo hubiera habido una persona escudriñadora, hubiera reparado lo mucho que había cambiado la marquesa de Neuville; ya no se aburría; algunas veces estaba animada, otras triste, agitada en el día, pensativa ó melancólica por la noche, cuando su anciano amigo hablaba con el coronel. Rara vez tomaba parte en la conversación; pero la mirada perspicaz que hubiera penetrado en este interior, hubiera descubierto en él un cuidado, una cierta elegancia desconocidos en su pobreza, como si un deseo de ser agradable hubiese guiado una mano misteriosa. Flores, el hijo de los pobres, adornaban la chimenea, la mesa y las ventanas; la manera de vestir de la señora de Neuville la hacía parecer más joven que otras veces; sus hermosos cabellos, que otras veces los escondía con una cofia de muselina, estaban trenzados á la antigua; su vestido, muy sencillo, estaba arreglado con sumo gusto, y su rara belleza parecía que había adquirido durante estos días tristes y apacibles un carácter más dulce y un encanto melancólico preferibles á la brillantez de sus veinte años. Por lo regular trabajaba al lado de la ventana, resguardada del sol por una ligera cortina y por el nuevo follaje de las flores que cultivaba en un pequeño balcón, muy abandonado á los principios de vivir ella en París. Carlota trabajaba también, sentada á sus pies en un taburete. En el fondo del cuarto, el anciano y su sobrino charlaban, y los nuevos sucesos imprevistos que surgían todos los días, daban mucha materia á la conversación. Marcelo miraba muchas veces á la señora de Neuville; pero ella no dirigía sus miradas al brillante oficial; se contentaba con escucharle, le saludaba con frialdad cuando se retiraba; pero por la mañana sus pálidas mejillas y sus párpados fatigados dejaban percibir las lágrimas y el insomnio.

Hacía ya cuatro meses se veían todos los días, y no se habían hablado nunca á solas, cuando un domingo por la tarde, Marcelo adelantó la hora de su visita.

Vicente había ido á la iglesia y á paseo, y había llevado á Carlota. Delfina, sentada junto al balcón, pensaba. El perfume de las rosas y del heliotropo embalsamaba el aire, y aparecía con su vestido blanco, rodeada de luz, de hojas y de flores. El coronel, viéndola sola, pareció turbado; pero de pronto, como un hombre que toma una decisión, se adelantó, la saludó, y se sentó á su lado. Estaba conmovido, y su voz varonil temblaba.

— Señor, vuestro tío está ausente; ha llevado á mi hija á paseo.

— ¿Me permitiréis que lo espere, señora?

Hizo un gesto de consentimiento.

— Deseaba verle — continuó él — porque tenía que darle una noticia poco agradable... para mí, sin duda también para él; me ausento de París, mandan mi regimiento á Lyon.

Palideció y le miró con una expresión de tristeza; toda su alma, todos sus pensamientos se pintaban involuntariamente en sus ojos.

— ¡Partís! — dijo al fin — ¡partís, y yo!

Se animó con esta mirada que revelaba tantas cosas, por estas palabras que eran una confesión.

— Si quisierais — dijo — no nos separaríamos nunca. Delfina, sois libre, sois viuda. La Revolución, bendita mil veces, ha echado abajo las barreras que me separaban de vos: puedo procuraros un destino tan brillante como el que habéis perdido... y ¡os amo! ¡os amo ardientemente!... Hablad: ¿consentís en ser mi mujer?

Se ruborizó tanto como había palidecido, y volvió la cara.

— ¡No me rechazáis! — dijo él — ¡puedo esperar!

— ¿Soy libre? — murmuró ella. — ¡El marqués, el padre de Carlota! ¡Oh! ¡Marcelo! ¡qué culpable soy! ¡he llorado tanto su ausencia, y ahora tiemblo de volverlo á ver!

—No le volvereis á ver nunca — dijo él; — el marqués ha muerto. Una nueva vida puede abrirse para nosotros dos; no he querido á nadie; me educareis permitiéndome que os ame; mi nombre llegará á ser glorioso para que esteis orgullosa de él; haré á vuestra hija que mejore de suerte; seré un padre para ella... ¿Creeis en Dios? ¡y bien! Dios es el que quiere que continúe la obra de mi tío: él os ha salvado, y yo educaré, protegeré á vuestra hija... decid sí...

—Es imposible — dijo ella.

—¿Imposible, si me amais? ¿No sois libre? Las preocupaciones que nos separaban ¿no se han abolido para siempre? ¿Quién puede separar á los que une el cariño? ¡Y vos me queréis, Delfina! Lo siento en el gozo de mi corazón, que no puede engañarse cuando se trata de vos... ¿No es verdad que me amais? ¿No es verdad que no queréis que me aleje y que vaya á buscar la muerte en un campo de batalla, para verme libre de una vida que me sería insostenible sin vos? Mirad, si pudiérais leer en mi alma, quedaríais satisfecha.

—¿Y Carlota, no me acusará algún día?

—¿De qué? ¿De haberle devuelto su lugar en el mundo? ¿De haber reparado todos los errores de la fortuna con ella? ¡Si supierais cuán querida me será!

A esta última palabra, Delfina miró á Marcelo: la lealtad y la ternura se leían en sus ojos, que los fijaba en ella. Ella le extendió la mano; se echó á llorar, repitiendo:

—Delfina, sois mía!

—¿Y vuestro tío? — dijo ella tímidamente.

—Se tendrá por dichoso llamándoos sobrina.

Delfina hizo un movimiento de cabeza.

—No le conocéis — añadió. — Se opondrá á nuestra unión, en nombre de aquel... de aquel que no existe. ¡Ay! ofendo su memoria; parezco insensible, ingrata; el mundo me condenará tal vez, pero...

TERCERA PARTE

X. — LA VUELTA

Un bergantín inglés, aprovechando la paz de Amiens que se acababa de firmar, había dejado en el puerto de Bolonia algunos viajeros, franceses la mayor parte, y felices de volver á su país. Entre ellos había un hombre avanzado de edad; parecía conocer mucho la ciudad, y que, después de haber cenado y haberse acostado en una pequeña posada, hizo un trato con un cochero y se encaminó en un carruaje hacia el interior del país.

Era en el mes de Octubre, y estaba amaneciendo; pero la claridad del sol que se levantaba estaba oscurecida bajo una niebla blanca que prometía un día muy hermoso. El rocío cubría la yerba, y muy pronto una lluvia de gotitas caídas de los árboles, mojó la capota de cuero del cabriolé; el cochero levantó el cuello de su abrigo moviendo las orejas

como un perro mojado, pero el anciano no tomó ninguna precaución contra el frío húmedo de la mañana; inclinado hacia adelante, la cabeza fuera de la capota del coche, miraba con avidez el paisaje, los bosques amarillentos por el otoño, las praderas sobre las que flotaba una gasa de plata, los campos en los que los trabajadores seguían con lento paso el arado que preparaba los sembrados del otoño, los techos humeantes de los cortijos y las pequeñas iglesias, descuidadas, abandonadas, cuyas puertas estaban enmohecidas. El camino, aunque ancho y hermoso, parecía muy malo, frecuentes vaivenes sacaban al viajero de su contemplación, y en fin, el cochero, saliendo con trabajo de un bache, exclamó con impaciencia:

—¿Caramba, qué camino! ¡y pensar que antes esta era la provincia más hermosa!

—¿Qué es lo que le falta hoy? — preguntó el viajero.

—Lo que le falta es el estar cuidada, reparada. Sucede con los caminos como con los caballos, con perdón de usted: si yo no cuidó mi caballo, si no lo lavo y le doy su ración de avena, se debilitará de las piernas y no podrá andar: lo mismo sucede con los caminos: se ponen malísimos... ¡Ya hace diez años que no se ha puesto una piedra en este camino! Desde la Revolución. Desde entonces, señor ó ciudadano, como más os agrade, ¡Hé aquí una cosa que no me gusta, la Revolución!

—¿De veras?

—Seguramente; tal como me veis, yo era cochero en casa del señor de Breteuil; estaba bien comido, bien pagado, no tenía nada que hacer... Hé aquí que revienta la bomba, se va mi amo, y yo me quedo en la calle. He vuelto á Bolonia, mi país, porque he nacido en Marquise; he comprado un jaco y una berlina, y gano mi vida... ¡Pero qué diferencia! ¡y qué cambiado está todo! Mire usted este camino, que estaba liso como la mano, ahora es un precipicio; antes era seguro de día y de noche, ahora hay bandas de ladrones en todos los bosques; no se atreve uno á salir al anochecer; está peor que en el tiempo de Courtaud, el lobo sin rabo... ¿Qué queréis? Mientras que guillotinan las gentes, no había policía... ¡Vamos, Bijou, vamos adelante! ¡Hemos evitado otro bache! ¡Pero allí abajo, al volver el camino, es lo más gracioso! Una zanja que serviría de cuadra al mismo Bijou.

En efecto, todo está muy cambiado. He pasado otras veces por este camino, y busco muchas casas que han desaparecido. ¡Ah, sí! El castillo de Mesnil, el priorato de San Nicolás, la vieja torre de La Broge, donde se decía que había dormido un rey de Francia, todo esto ha venido abajo; el castillo ha sido destruido, el priorato es un cortijo, y la torre amenaza ruina, porque han quitado los áncoras de hierro que sostenían las paredes. ¡Vamos, Bijou!

—Y allí, detrás de esos árboles, ¿no había allí?..

—¡El castillo de Etigny, que era tan hermoso, hermoso como Versailles! No queda piedra sobre

piedra. La banda negra ha pasado por allí, y por donde ella pasa no queda nada. ¡Ah, sí! Quedan escondidos en la faldriquera de sus afiliados.

El anciano suspiró y se echó en el fondo del coche; se quedó silencioso, y el cochero tampoco habló más; toda su atención era poca para evitar los baches de que estaba sembrado el camino. Al medio día descansaron en una mala posada; la posadera les contó las siniestras historias que corrían por el país: robos, asesinatos, hazañas de los ladrones y de los vagabundos; la misma casa parecía una guarida de ellos, y los viajeros respiraban mejor cuando habían salido de allí.

Siguieron al lado del bosque de Crécy y llegaron por la tarde á un pueblo, no lejos de la abadía de Dommartin. Una única posada, baja y triste, ofrecía un asilo para la noche. El viajero pagó la cena del cochero, del que se iba á separar, y después de comer un poco de pan y beber un vaso de sidra, se retiró á su cuarto. Su noche fué corta; desde que el alba aclaró un rincón del cielo, se levantó, arregló su cuenta y salió, siguiendo senderos que parecía le eran muy conocidos.

A eso del medio día llegó á un pueblo grande, cuyas casas, salpicadas irregularmente, formaban una calle larga, entrecortada por vallados, jardines y vergeles. El viajero no siguió este camino princi-

JEROGLIFICO



La solución en el número próximo.

SOLUCIÓN AL JEROGLIFICO DEL NÚMERO 9.º

Cada cosa en su tiempo
y los nabos en adviento.

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

COMPAÑÍA COLONIAL
Roma 1868

MEDALLA DE ORO.

CHOCOLATES PREMIADOS POR SU SANTIDAD PIO IX

Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.
Sucursal. Calle de la Montera, núm. 8.

MÁS DE UN MILLON DE PURGAS EN UN AÑO
CON LA ACREDITADA

AGUA DE LOECHES (La Margarita)

Prueba la general aceptación de un específico sin rival para las escrófulas, herpes, sífilis, úlceras, desarreglos de la menstruación, flujo blanco, infartos de la matriz, erisipelas, ictericia, malas digestiones, estreñimiento pertinaz, etcétera. Venta del agua en botellas en todas las farmacias y droguerías principales. Depósito central y único en España, JARDINES, 15, bajo, donde se abonan cuatro cuartos por cascotes. —IMPORTANTE: Esta agua, premiada en todas las exposiciones donde se ha presentado, ha obtenido medalla de oro, premio superior concedido en la exposición especial balneológica de Francfort Alemania, cuyo jurado se componía de los mismos dueños demananciales de aquel país, rindiendo así justo tributo á este de España, que está considerado como el primero en su clase en el mundo y sin rival por todo el protomedicato.

PARA EL CULTO DIVINO
EN LATON BARNIZADO Y PLATEADO

Atriles.	Cetros.	Hisopos.	Navetas.
Calderillas.	Ciriales.	Hostiarios.	Sacras.
Candeleros.	Cruces.	Incensarios.	Varas (pálio).
Campanillas.	Custodias.	Lámparas.	Vinageras.

Cáliz y copones, copa de aluminium, con baño de oro fino.

Manuel Garcia, Atocha, 45, Madrid.

HARMONÍA

ENTRE LA CIENCIA Y LA FE

ENSAYO ESCRITO

POR EL PADRE MIGUEL MIR

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

Esta obra, impresa con todo lujo, magnífico papel y tipos elegantísimos, se vende á 24 reales en Madrid y 26 en provincias, en las principales librerías. Los pedidos, acompañados de su importe, deben hacerse á la casa editorial de Riera, calle de Peligros, 20.

Librería Católica de S. José

EL MATRIMONIO CANÓNICO

y

EL MATRIMONIO CIVIL

por el doctor

D. NICETO ALONSO PERUJO

Precio: Dos pesetas. Los pedidos á los Sres. G. Tejada y Compañía, Arenal, 2, Madrid.

VAPORES-CORREOS del MARQUÉS de CAMPO

Líneas regulares de Asia, África, América y Oceanía; viajes redondo mensualmente en día fijo.

LÍNEA DE FILIPINAS.

De Liverpool á la Coruña, Vigo, Cádiz, Cartagena, Valencia, Barcelona, Port-Saïd, Suez, Aden, Punta de Gales, Singapore y Manila.

El vapor MAGALLANES (100 A. I. LLOYD), saldrá del mencionado puerto de Barcelona el 1.º del próximo Noviembre. Admite carga y pasajeros para los de Port-Saïd, Suez, Aden, Punta de Gales, Singapore y Manila.

LÍNEA TRASATLÁNTICA

De Burdeos á Santander, Coruña, Vigo, Cádiz, Puerto-Rico, Habana y Veracruz.

El vapor SAN AGUSTIN (100 A. I. LLOYD), saldrá de Santander para dichos puertos el 18 de Octubre corriente, admitiendo carga y pasajeros para los mismos, como para los de Nueva York, Gibara, Baracoa, Santo Domingo, Santiago de Cuba, Puerto-Príncipe, La Guayra, Puerto-Plata, Aguadilla, Ponce, Mayagüez, Saint-Thomas, Kingston, Santa Marta, Lincoln, Barranquilla, Sabanilla y Colón.

LÍNEA AL BRASIL, LA PLATA Y EL PACÍFICO

El vapor SANTO DOMINGO (100 A. I. LLOYD), saldrá de Santander el 2 del corriente para la Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz, Pernambuco, Bahía, Río-Janeiro, Montevideo, Buenos-Aires, Valparaíso y Callao de Lima. Admite carga y pasajeros para dichos puertos, y todos los demás del Pacífico.

FLOTA ESPAÑOLA

de la propiedad exclusiva del Excmo. señor Marqués de Campo.

CLASIFICADOS TODOS 100 A. I. EN LLOYD.

Los buques «Viñuelas», de 3.108 toneladas; «Magallanes», 2.638; «Asia», 2.500; «Valencia», 2.590; «Barcelona», 2.500; «Leon XIII», 2.200; «Julietta», 500; «Romeo», 500; «Ordoñez» (remolador), 200; y «Serantes» (remolador), 200; están destinados á las Islas Filipinas ó sea de Liverpool á la Coruña, Vigo, Cádiz, Cartagena, Valencia, Barcelona, Port-Saïd, Suez, Aden, Punta de Gales, Singapore, Manila y vice-versa.

Los buques «Reina Mercedes», de 3.080 toneladas; «San Agustín», 2.014; «Veracruz», 2.900; «Madrid», 2.500; «Méjico», 2.300; «Panamá», 2.200; «Elbro», 1.509; «Fe», 1.000; «Esperanza», 1.000; y «Caridad», 1.000, están destinados á las Antillas y golfo de Méjico, ó sea de Burdeos á Santander, Coruña, Vigo, Cádiz, Puerto-Rico, Habana, Nueva York, Gibara, Baracoa, Santiago de Cuba, Santo Domingo, Puerto-Príncipe, La Guayra, Puerto-Plata, Aguadilla, Ponce, Mayagüez, Saint-Thomas, Kingston, Santa Marta, Barranquilla, Sabanilla, Cartagena, Colón, Progreso, Campeche, Veracruz, Frontera de Tabasco y vice-versa.

Los buques «Santo Domingo», de 2.924 toneladas; «España», 2.700; X (en construcción), 3.300; X (en construcción) 3.300; á la América del Sur y Pacífico, ó sea de Burdeos á Santander, Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz, Pernambuco, Bahía, Río-Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, Valparaíso, Lallao de Lima y vice-versa.

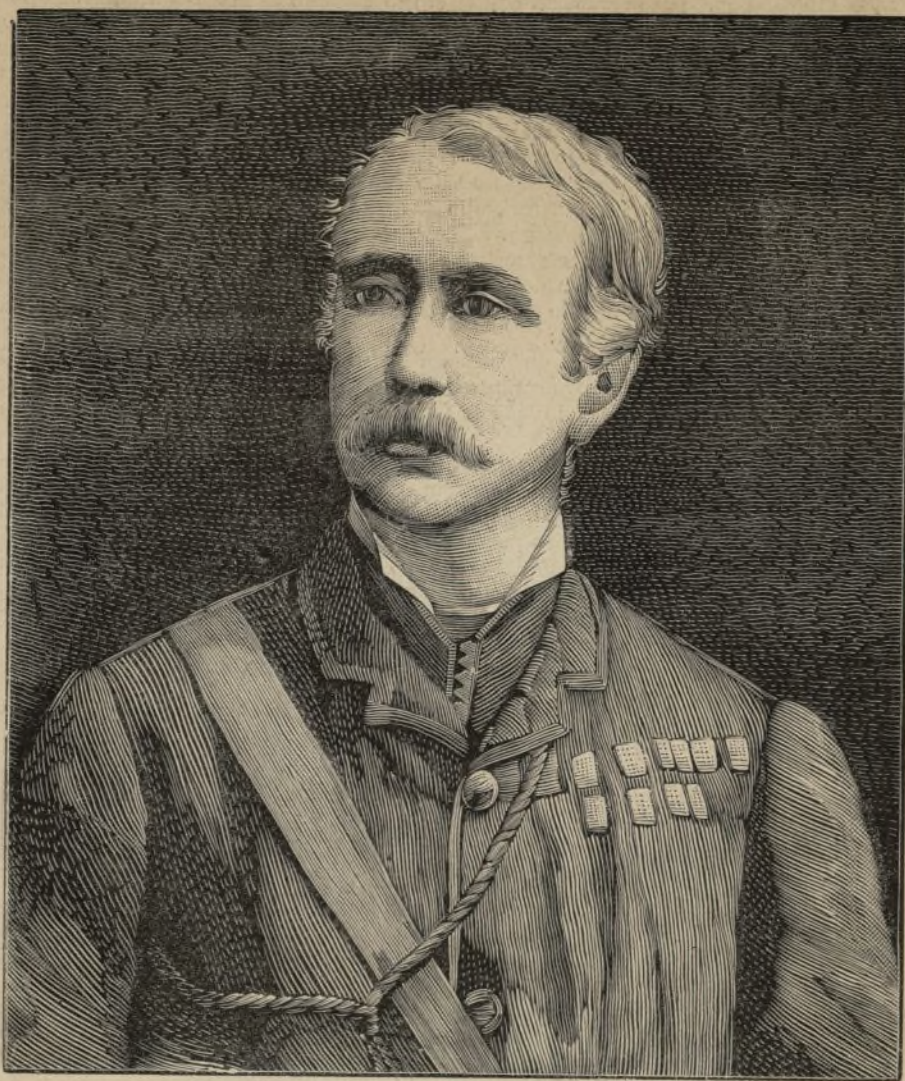
pal; tomó los que circulaban entre las heredades, y llegó en fin delante de una inmensa propiedad, que sin duda había formado antes un parque, ó más bien un lote tomado del bosque inmediato. Dos pilares de piedra estaban aún en pie; pero la verja que los unía había desaparecido, como también los escudos que estaban encima antiguamente; se veía en el césped húmedo un pedazo de uno de esos broqueles de granito, sobre el cual estaba esculpida una cimera vuelta de faz, emblema del mando en heráldica. El extranjero dió con el pie á esta noble ruína y volvió la cara; se adelantó: por todas partes llegaba á sus oídos el ruido del hacha; alrededor suyo la tierra estaba cubierta con troncos de árboles recientemente cortados, y pedazos de ramas cargadas aún con sus hojas: los gigantes del bosque se expandían por allí; los alcornoques seculares, entre los cuales los había que habían presenciado los sacrificios druidicos; los viejos alcornoques honrados en el país; los hermosos olmos donde hacían sus nidos los pájaros cantadores; los perables, tan elegantes en su porte; los álamos magníficos, cuyas copas se veían á lo lejos inclinarse con el viento; los pinos y los abetos, cuyo olor embalsamaba el aire, y, víctimas de la misma destrucción, las plantas modestas que vivían á la sombra de los colosos, habían sufrido la misma suerte. Las yedras cubrían el suelo con sus hojas brillantes; el serbal, querido de los pájaros, salpicaba en el suelo sus ramas de coral, y ni en la primavera ni en el otoño vendrían los niños del pueblo á buscar el espino blanco ó la mora rosa y negra. Los pájaros habían huido; sólo se veían en el cielo gris nubes sombrías de cuervos, esperando encontrar comida en estos lugares que no ofrecían ya á la caza sus guaridas acostumbradas.

El viajero suspiró otra vez; pero, sin pararse, buscó y encontró su camino entre los troncos cruzados y echados abajo, y después de veinte minutos de una marcha rápida, se vió delante de otros dos pilares semejantes á los primeros.

Estos sostenían un resto de reja mutilada, porque

manos brutales habían arrancado de ella los flores y los emblemas, trabajados á martillo; se abría sobre un campo desierto, donde se veían aún trazas de platabandas, y de cuadros; pero las flores que las adornaban no las habían cuidado, y apenas florecían algunas pálidas escabiosas símbolo de luto, que el viento había vuelto á sembrar, entre las hierbas y las altas hortigas.

(Se continuará.)



SIR GARNET J. WOLSELEY

general en jefe del ejército inglés, en Egipto.

ADVERTENCIA

Rogamos encarecidamente á los señores suscritores que adeudan á esta Administración importe de suscripciones, se sirvan enviarlo lo más pronto posible, para evitar perjuicios á la Empresa del periódico, que tiene gastos cuantiosos que no admiten espera. Confiamos que todos responderán á este aviso, en justa correspondencia de la confianza que en ellos se ha depositado, sirviéndoles sin interrupción la REVISTA.

Varias veces el Director, á ruego de la Empresa, ha hecho presente los daños que se siguen al periódico con esta demora, y después de tan francas y sinceras declaraciones, claro está que debemos suponer que siguen siendo suscritores los que no han avisado en contrario, ó por lo menos, no han devuelto el periódico, cosa que nada cuesta.

Comprendemos lo fácil que es olvidarse de un pa-

go tan exíguo como la suscripción de este periódico; pero las atenciones de la Empresa son continuas, y los suscritores morosos deben apreciar que se les recuerde, pues no ha de ser su ánimo perjudicarnos, sino, al contrario, contribuir al desarrollo de esta obra católica.

TIPOGRAFÍA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanquís, Villalar, 5.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.

HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.

FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid